

## CORRESPONDENCIA

## JERUSALÉN

*Peregrinos rusos en Tierra Santa.—Su fervor y sencillez.—  
Escándalos de los cismáticos griegos*

El Rdo. P. Fr. Toribio Goicoechea, desde Jerusalén escribe con fecha 30 de Abril último:

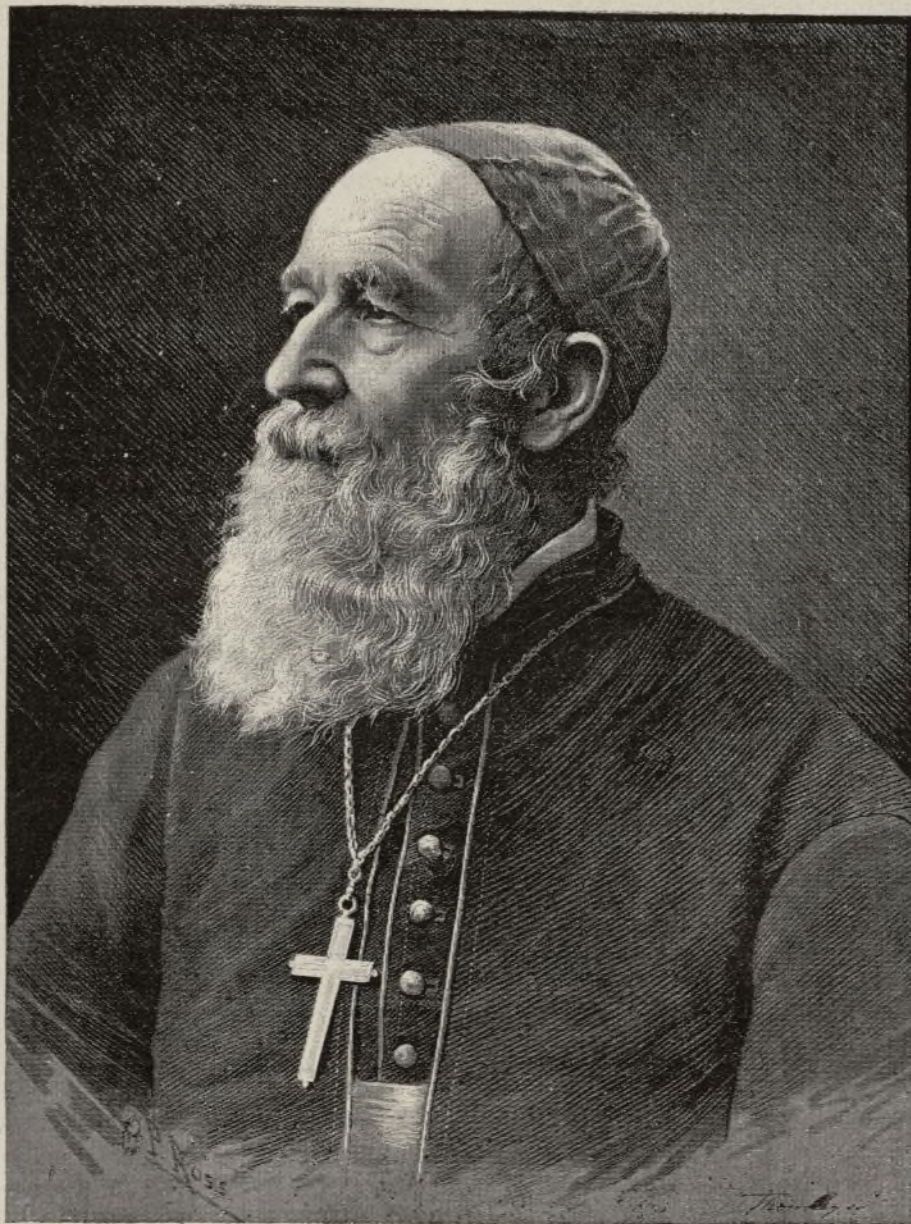
ESTE año y principalmente durante toda la Cuaresma, muchísimos peregrinos rusos han visitado á Jerusalén. Si bien tienen aquí buenas iglesias, no cuentan ningún santuario, y por lo mismo se unen con los griegos, que poseen algunos de los mejores para sus funciones religiosas y visitas de los Santos Lugares. La Iglesia rusa y la griega, aunque son independientes una de la otra, sostienen el mismo cisma y profesan los mismos errores; así es que, cuando les conviene, se unen y obran de común acuerdo. Desde principio de año han venido unos doscientos por semana, aumentando el número en las últimas de Cuaresma, en las cuales las caravanas se componían de más de dos mil.

Con gorras de lana ó de pelo, cabello largo hasta los hombros y cortado en redondo, botas hasta las rodillas y un grueso y mugriento gabán ceñido á la cintura, van en numerosos grupos por la ciudad á manera de un ejército mal organizado, visitando los Santuarios. Las mujeres, sin el menor asomo de vanidad, fuera de que llevan la cabeza envuelta con un pañuelo ó trapo que quizá alguna vez habrá estado limpio, visten casi como los hombres, y forman otros gru-

pos aparte. Así que llegan, van al Santísimo Sepulcro, y allí pasan largas horas haciendo cruces y acatamientos y lo cubren de lágrimas y besos, como igualmente las paredes del Santo Templo y todo cuanto les parece objeto de devoción. Por las noches suelen quedarse muchos dentro de la Basilica, y hasta las nueve ó más permanecen en el Calvario delante del altar de los griegos, modulando muy bien entre sollozos y lágrimas sus devotos cánticos religiosos hasta quedar satisfecha su piedad y devoción. Como cantan hombres y mujeres, y sus voces además de ser muchas son buenas y están muy afinadas, aun los hombres peritos acuden á oírlos, pues colo-

cándose á cierta distancia, parece oírse un bien combinado órgano de voces humanas tocado por mano maestra.

Esta gente, aunque cismática porque su Soberano y clero quieren serlo, edifica no obstante á los católicos con su gran fe y sencillez, que no pocas veces raya en simplicidad. He aquí lo que me refirió hace poco el Padre Presidente de la Flagelación. Este Santuario, que ocupa una buena parte de lo que fué Palacio de Pilatos, pertenece sólo á nosotros. Tiene una pequeña iglesia en el lugar donde el Señor fué bárbaramente azotado por orden del inicuo juez, y además de



Ilmo. Sr. D. MARTÍN GRIVÉ Y CUNI, obispo de Perth. (Pág. 286)

las habitaciones para cuatro ó cinco Religiosos, queda un espacio bastante regular con muchos escombros, en donde se han encontrado no hace mucho las ruínas de otra iglesia, que problemamente sería en otro tiempo la de la Coronación de Espinas, que tuvo lugar en el mismo Palacio. Antes de llegar á la iglesia hay una especie de patio, y á la derecha de la puerta de éste están todos los trozos de columnas, chapiteles y cornisas que se han



encontrado entre las ruínas. Entraron un día siete ú ocho rusos en el patio, y después de visitar la iglesia, que como Santuario público á nadie se le impide por más hereje ó cismático que sea, comenzaron á coger algunas florecitas de las muchas que crecen por la primavera en aquel montón de ruínas. Al poco tiempo uno de ellos hizo venir por señas al Padre Presidente á donde estaban los demás. Una vez delante de los trozos de columnas y chapiteles, no sin alguna timidez le presentaron uno que pesaría media arroba, y con gestos y señas, pues el Padre no entendía el ruso, le hicieron comprender si les dejaría cortar un pedacito de aquella piedra. El Padre, después de mirarla un poco, como quien reflexiona sobre lo propuesto, se la ofreció toda entera. Entonces era de ver las demostraciones de agradecimiento que con ademanes y palabras hicieron al Padre, y salieron de allí más satisfechos y contentos que un avaro cargado de oro.

Los primeros días después que llegan, nos saludan casi siempre donde quiera nos hallan, y cuando entran en nuestra capilla para adorar la Santa Columna, no pocos á pesar de vernos allí diciendo el Oficio, comienzan á hacer sus cruces y acatamientos á cada una de las imágenes que ven, y á besar los altares y cuanto les parece, sin pararse porque aquello sea de los latinos; mas á los pocos días de estar aquí, instruidos por los griegos, comienzan á desviarse de nosotros y mirarnos con recelo. El siguiente hecho comprueba mi aserto.

La víspera del día en que se reza de la Oración del Huerto, los Religiosos adornan la gruta de Getsemaní para cantar al siguiente la Misa solemne. Para ir á la gruta se pasa por la plazuela que hay delante de la antigua iglesia que contiene el Sepulcro de la Santísima Virgen, el cual Santuario pertenece á los griegos y armenios. Un Religioso que acudía á la gruta para asistir á la fiesta, notó que muchos rusos que salían de la iglesia del Sepulcro de la Virgen, se detenían en la plazuela mirando á la puerta de nuestra gruta, y á pesar del deseo que manifestaban de llegarse á ella, parecían contenidos por una prohibición. El Religioso se acercó á unas mujeres que se hallaban más cerca de la puerta, y oyó que decían:

—Si entramos, al punto nos echarán fuera: no se puede: dicen que no quieren.

Entonces las invitó á que entrasen, á lo cual resistían, pero se decidieron á las repetidas instancias que con buenos modos les hizo el Religioso. Después de haber hecho todas sus adoraciones y besar cuanto por allí encontraron, se retiraron diciendo:

—Sí, sí, los Francos (Franciscanos) sois buenos.

Muy diferentes de los rusos, son los árabes cismáticos griegos, que tanto aquí como en Belén son muchos más que los latinos. Amaestrados por los griegos sucesores de Focio, se muestran discípulos aprovechados en su odio á los católicos, y falta de verdadera piedad religiosa. Si en todo el año se nota esto, en los tres últimos días de su Semana Santa, que en el presente fué la siguiente á la nuestra, se hace tan visible, que los mismos soldados turcos se escandalizan. Uno de ellos decía:

—¡Qué diferencia de estas funciones á las de los latinos!

Otro ha dicho varias veces á un Religioso:

—Si no estuviéramos ciertos de que nuestra religión es la verdadera, y nos hubiéramos de hacer cristianos, seríamos de los latinos, pero nunca de los griegos.

El templo en dichos días presenta continuamente el aspecto de un teatro en momentos de confusión y desorden; mas el Sábado Santo, cuando esperan el *fuego santo* que dicen baja del cielo, solamente se puede comparar con una taberna de las de peor catadura, cuando los concurrentes, no pudiendo reprimir en su pecho el espíritu de Baco, suben sobre las mesas y sillas con alaridos y voces destempladas, y apostrofán á cuanto se les presenta por delante. Apañados en torno del Sepulcro, á eso de la una comienzan aquí uno y allá otro á subir sobre los hombros de los demás, y agitando su cabeza y cuerpo que con dificultad puede guardar el equilibrio, batiendo fuertemente las palmas de las manos, con toda la fuerza de sus pulmones van diciendo elogios de la Resurrección, que los de abajo repiten á coro con igual estrépito, hasta que, perdido el equilibrio, unos tras otros dan con su embrutecido cuerpo en el suelo, en donde siguen agitándose hasta que viene el deseado *fuego santo*.

A las dos ó poco más, los griegos ordenan su procesión, que da tres vueltas en derredor del Sepulcro, por el camino que con gran trabajo abre la tropa. Aunque los cincuenta individuos del clero griego que asistieron á la función ostentaban ricos vestidos, y sobre todo el Patriarca, que puede decirse iba cubierto de plata y pedrería, como en vez de guardar silencio, el desorden aumenta por puntos, y aquellos hombres seguían agitando y gritando como energúmenos, claro está que ni lucía ni causaba devoción alguna. Dadas las tres vueltas, el Patriarca con algún otro entró en el Sepulcro, quedando la puerta cerrada. Su oración debió ser muy eficaz, pues al poco tiempo, sin que nadie viese por dónde ni cómo, había venido el *fuego del cielo*, ó como si dijéramos de una caja de cerillas ó pequeñas velas encendidas, que fueron presentadas por uno de los agujeros que hay á los dos lados del Sepulcro. A los pocos instantes, todos tenían encendidos los puñados de velas que llevaban preparadas. La zambra que entonces se armó, es indescriptible. Veíase al través de la humareda que tantas luces levantó, multitud de hombres y mujeres que se aplicaban el fuego á la cabeza, brazos y otras partes del cuerpo, cometiendo mil indecencias, para librarse, según dicen, de no sé cuántos peligros y enfermedades. He aquí en qué viene á parar su *fuego santo*.

Los rusos, aunque como cismáticos asisten también á estas ceremonias, y creen en la virtud del *fuego santo*, sin embargo ni uno siquiera vi que tomase parte en aquellas bacanales. Veíaseles allá apartados, contemplando sin duda con pena aquella larga y pública profanación del lugar santo. Mientras permanecen aquí no se ocupan en otra cosa que en asistir devotamente á las funciones del Santo Sepulcro, y visitar los muchos Santuarios de Jerusalén y sus cercanías.

El pasado Marzo emprendieron la marcha á pie unos dos mil de ellos, para visitar á Nazaret y demás lugares de la Galilea. En el camino sufrieron los pobres un buen percance. Con tiempo excelente salieron de Jeru-



salén el 19 ó 20 de Marzo, debiendo emplear tres ó cuatro jornadas; pero el 22 el tiempo cambió por completo, pues sin cesar llovía y granizaba: á la mañana siguiente se puso un palmo de nieve, y la lluvia y el frío intenso continuó por espacio de ocho días. Los infelices rusos, viajando con tanto lodo y humedad, y sin poderse mudar ni abrigarse, quedaron muchos ateridos en la llanura llamada de Esdrelón. Algunos murieron allí mismo, y otros, con mucho trabajo, fueron conducidos á un hospital; de éstos también murieron varios, que sumados con los primeros ascienden á treinta. Dios ha tenido misericordia de ellos.

Dentro de pocos días debe llegar aquí el General de toda la Orden para hacer la visita. Según he oído decir, será el segundo que visitará esta custodia personalmente.

## MARRUECOS

### *Nueva Casa-Misión franciscana*

De una carta fechada en Rabat tomamos las siguientes noticias referentes á la Casa-Misión de Saffi, que, como dijimos en el número anterior, inauguró solemnemente el 8 de Abril próximo pasado:

**D**ESDE el año de 1868, en que se estableció Misión en la ciudad de Mogador, aquellos reverendos Padres solían visitar dos ó tres veces al año á los católicos de Saffi, á fin de que pudiesen cumplir, siquiera en parte, con sus cristianas obligaciones; pero viendo el M. Rdo. P. Fr. José Lerchundi, dignísimo prefecto apostólico de estas Misiones, que aquella colonia católica había aumentado considerablemente, y que la juventud carecía de instrucción religiosa, juzgó conveniente, y hasta de todo punto necesario, enviar allí dos Religiosos de Mogador con la orden de que buscasen una casa idónea y se estableciesen en ella, mientras otra cosa no se determinase. Nada podían esperar los misioneros de los fanáticos moros, pues bien sabido es que, ya que no pueden deshacerse de los cristianos por medio de la fuerza bruta, procuran, con increíble astucia, oponer todos los obstáculos que les sugiere ese inveterado odio que nos tienen, para que, no teniendo donde albergarnos ni donde colocar los objetos de nuestro comercio ó industria, nos veamos en la triste precisión de tener que irnos con la música á otra parte, como suele decirse; pero los reverendos Padres misioneros, aunque nada consiguieron de los moros, encontraron, sin embargo, un corazón cristiano y generoso que les proporcionó medios de que pudiesen llevar á feliz término las órdenes que tenían de su superior y Prelado. Vivía entonces en Saffi un honrado comerciante inglés, D. José Butler, el cual, no sólo amaba á todos los Religiosos, sino que siempre se ha mostrado dispuesto á servirlos y ayudarlos en todo: este buen señor fué el que les facilitó casa, que si bien es cierto que era demasiado reducida, tuvieron, no obstante, donde vivir por entonces, con más ó menos comodidad, y aun donde celebrar los Divinos Oficios mientras no han podido encontrar otro más capaz.

«Establecidos ya los dos misioneros, que eran el reverendo P. Fr. Mariano Ferrer y el Religioso lego fray

Salvador Sala, hubo necesidad de enviar á la ya nueva Misión otro sacerdote compañero, y entonces, como la casa era demasiado pequeña para los tres, se veían reducidos á una estrechez insoportable. Trabajaban sin descanso por conseguir otra, pero todo era en vano: por fin, entre los señores católicos D. Manuel Martínez y D. Federico Kellner, ambos de aquel comercio, les proporcionaron casa más cómoda y con local bastante aseado y suficientemente capaz para iglesia. ¡Sólo Dios sabe lo que en muchas ocasiones padecen los pobres misioneros! Esta casa, aunque estaba en poder del señor Kellner, era de un hebreo, y la tenía hipotecada por cierta suma de dinero; pero cuando vió que la ocupaba la Misión, trató de pagar la deuda y pidió que se le vaciase la casa lo más pronto posible. ¡En no pequeño compromiso se ha visto el Rdo. P. Anselmo González (sucedió en la presidencia al P. Ferrer) con el desdichado judío! pues algunas veces hasta llegó á creer que tendrían que salirse de Saffi por falta de casa; pero quien tuvo más que luchar y que sufrir fué el reverendo P. Fr. José María Escolá, actual presidente de aquella Misión. Estaba este Padre cansado ya de buscar otra casa ó un terreno para poder fabricar, como lo había hecho su predecesor, y nada podía conseguir; por otra parte, el judío no hacía más que apurar y amenazar con Autoridades; pero... ¿qué habían de hacer los pobres Religiosos si de ningún modo podían encontrar otra vivienda?

«Viajaba entonces (en Mayo del año pasado) por esta costa el Rdo. P. Fr. José María Rodríguez, vicepresidente de estas Misiones, Religioso muy tratable y muy conocido de todos, el cual andaba, en calidad de visitador, recorriendo todas las Casas-Misión. Cuando este Padre llegó á Saffi y se enteró del apuro en que se hallaban los misioneros, comenzó inmediatamente á indagar por entre amigos y conocidos dónde podría encontrar un terreno capaz para fabricar ó quién tendría alguna casa para vender, y... gracias á Dios, después de muchísimo trabajo, y por medio de una respetable suma, pudo conseguir dos casas unidas en ruínas, cuyo solar, aunque algo irregular por la parte posterior, era suficiente para la fabricación de tan deseado edificio. Dióse principio á las obras, y, claro está, el fanatismo musulmán había de buscar medios de entorpecer los trabajos todo cuanto pudiese; pero ¿qué importa que los moros se hayan negado á trabajar en la casa de los *frailes* y á venderles materiales para la fábrica? Cuando los moros se creían necesarios y estaban muy descuidados, se presentó en Saffi medio *batallón* de albañiles y carpinteros españoles, que en menos de siete meses dieron por terminada la hermosa Casa-Misión, que con tanto regocijo se acaba de inaugurar.

«El nuevo edificio está situado en uno de los puntos más céntricos de la población, y forma esquina con la calle principal, ó sea con el Soco. No obstante ser la fábrica sumamente sencilla y de estilo monástico, tiene un aspecto y reviste una elegancia tal, que el arquitecto que hizo los planos y dirigió las obras, que es un Religioso lego de estas Misiones llamado Fr. José Rodríguez, tan virtuoso como hábil, ha merecido los más grandes elogios y las más entusiastas felicitaciones de todas las personas inteligentes en arquitectura, y hasta



la prensa de Tánger no ha omitido el tributar sus plácemes al humilde franciscano. El edificio, que está compartido entre la iglesia y el convento, mide veinte metros de longitud por doce de latitud en fachada; es vistosísimo, y todo el cornisamento y demás ornamentación, tanto de la casa como de la iglesia, pertenecen al orden toscano. La puerta de entrada queda próximamente en el centro. Al penetrar en el zaguán, á la izquierda, hay una magnífica habitación destinada para escuela, con dos ventanas á la calle que la dan buena ventilación y luz más que suficiente. Lo primero que se encuentra al entrar en lo interior de la casa es un bonito patio cuadrado, con cuatro columnas de piedra bien labrada que sostienen el claustro del convento, en el que se ven cuatro grandes ventanas que simulan el sistema ojival. En el piso bajo, dentro ya del patio, se hallan la sala de recibo, el comedor y la cocina, con sus correspondientes dependencias; y en el piso alto están las habitaciones de los Religiosos, las cuales tienen todas cuantas buenas cualidades prescribe y aconseja la higiene.

La iglesia sólo mide quince metros de longitud por cinco de latitud, y su elevación desde el pavimento (que es de mármol, costado por los católicos de Saffi) hasta la parte superior del medio cañón de bóveda, es de ocho metros. Aun cuando la iglesia parece pequeña, es, sin embargo, más que suficiente para contener los cien católicos que actualmente residen en Saffi. Al entrar en el patio de la Casa-Misión, á la izquierda se encuentra inmediatamente la puerta de la iglesia, sobre cuya puerta está el coro, que es relativamente espacioso, y tiene su entrada por uno de los lados del claustro ó galería del convento. En el frontis se ve el altar entre dos pilastras, con sus correspondientes impostas y arco superior, condecorado con cinco grandes y hermosos florones, que prueban el gusto y el extraordinario talento del Religioso que con tanta habilidad y acierto dirigió la obra. La iglesia es abovedada y tiene tres arcadas sin pilastras, con unos preciosos remates truncados que guardan muy buena proporción con los resaltos de la cornisa. Hay cinco hornacinas, tres en el altar y dos laterales; en las del altar están colocadas las imágenes de la Purísima Concepción en el centro, la del Sagrado Corazón de Jesús á la derecha, y la del Patriarca San José á la izquierda.

«Encima de la hornacina de la Purísima, á cierta altura, se halla colocado un magnífico cuadro al óleo de San Berardo y compañeros proto-mártires de la Orden Franciscana, que sufrieron martirio en la misma ciudad de Marruecos, y Patronos de la Misión de Saffi. En las dos hornacinas laterales están, en una la imagen del Niño Jesús, y en la otra la de la Dolorosa. Puedo decir con toda verdad que la Casa-Misión de Saffi es una de las mejores que tienen nuestros misioneros en esta costa de Marruecos, pues, y dicho sea de paso, muchas de ellas son detestables y sólo las habitan los Religiosos por caridad, es decir, que por no abandonar á los fieles se ven precisados á vivir en reducidos y miserables casuchos, como sucede aquí en Rabat, y esto tan sólo por el único y exclusivo bien espiritual y temporal de los que tenemos que arrostrar toda clase de trabajos y peligros en estas bárbaras tierras para ganar un triste pe-

dazo de pan, del que hoy carecemos por desgracia en nuestra suspirada patria, por causas que todo el mundo sabe. No creo conveniente continuar relatando cosas tristes, porque desdican del objeto de esta carta.

## GOLFO DE GUINEA

### II

*Primer viaje del reverendísimo Padre Prefecto*

**T**ODOS los días llegaban á oídos de los Padres misioneros noticias de la degradación en que vivían los habitantes de la isla, y ellos mismos se formaban alguna idea de su estado, por lo que en la misma ciudad presenciaban. Diariamente comparecían en la capital multitud de salvajes, hombres y mujeres, niños y ancianos, cargados de antílopes, cabras monteses, plátanos, bananas, etc., ávidos de hacer negocio, cambiándolos con tabaco, caña, ginebra y otros licores. Estos salvajes vivían como los otros en casi completa desnudez; pero eran mucho peores que los del bosque, pues habían aprendido de los europeos la borrachera, el latrocinio y otros vicios. Deseoso en vista de esto el reverendísimo Padre Prefecto de enterarse del estado de la isla y sus habitantes, trató de hacer un viaje al Este, donde residía un rico factor negro y de buenos modales.

«Dejé, dice el citado Padre, la bahía de Santa Isabel, que veía desaparecer á lo lejos con sus blancos y bien montados almacenes, y pasada la punta llamada de los Frailes, me pareció estar en un nuevo país. A mi derecha tenía el azulado mar que con furia agitaba nuestra pequeña embarcación, y á lo lejos los extensos bosques del continente; á mi izquierda las impenetrables selvas que cubren la falda del monte hasta rematar en el elevadísimo pico de Santa Isabel. Algunos negros recorrían la costa en cueros para recoger pescadillos. Delante de nosotros vese un islote deshabitado, llamado isla de los Loros por los muchos miles que allí se reúnen á pasar la noche; más lejos y en la misma dirección los montes de Batete, donde hay muchos pueblos. Por fin llegamos á la bahía de San Carlos, recibéndome el factor con grandes muestras de cariño: me acompañó á visitar su pueblo, así puede llamarse, pues consta de una buena porción de casas, que sirven de alojamiento al gran número de trabajadores que tiene á su cuenta para desmontar el bosque. Explicó á los salvajes que yo era un misionero español, católico, que había venido para instruir á los negros, etc. Quedé admirado al ver las muestras de respeto que todos me daban, convidándome á su mesa y preguntándome qué cosas había en España, etc. Asimismo me maravilló mucho oír los adelantos que el factor había hecho en pocos años. Me explicó que era natural de Sierra Leona, y que habiendo ido á Fernando Poo, trabajando en las casas de Santa Isabel se había roto el brazo, por lo que empezó á negociar con los salvajes, comprándoles algunos objetos á cambio de otros. Díjome que más tarde empezó á desmontar algo y plantar cacao, café, etc., llegando así á poseer lo que yo no cesaba de admirar. ¡Cuánto puede la constancia de un hombre! Visitamos



luego otros pueblos, contribuyendo él mucho á que fuera recibido en todas partes con singulares muestras de afecto.

«Los pueblos salvajes, llamados en la isla *bubís*, distan del mar unas dos horas próximamente, ocupando al rededor de la montaña un círculo de media hora de diámetro á lo más: tienen repugnancia suma al elemento que les rodea, de modo que no bajan á la playa sino obligados por la necesidad ó utilidad muy grande: personas hay que llegan á edad avanzada sin haber siquiera visto el mar, y algunas no lo ven en toda su vida por el temor supersticioso que les infunde su solo nombre. Los caminos que conducen á estos pueblos son senderos estrechos por la extraña costumbre de ir siempre uno detrás de otro, y tortuosos por la suma indolencia en quitar los estorbos del camino, prefiriendo dar una vuelta á tomarse un poco de trabajo. Por estas im-

perceptibles sendas encontramos varios bubís con un cesto hecho de hojas de palmera y lleno de ñames; lo llevan, como todos los pesos, en la cabeza; al brazo derecho pendiente de un cordón llevan un cuchillo de mesa, y en el izquierdo la pipa, que no ha de faltar nunca. La mayor parte ostentan avalorios en el cuello y esqueletos de culebra, de los que pende una bolita formada de varias piezas de moneda bubí. Los jóvenes de uno y otro sexo y los de mayor edad visten enagüillas. Hasta los catorce ó quince años quedan excluidos de este privilegio, por no creerlo necesario. Con frecuencia veíamos colgados de los arbustos

grandes cáscaras de caracol, patas de gallina, alguno que otro cráneo de antílope ó cabrito, palillos cruzados; todo dispuesto artificioamente y á gusto de su *Morimó* (diablo), á quien pretenden honrar.

«A pocos pasos de la población unos como huertecillos, donde cultivan una planta parecida al pimiento, la *ndola*, me llamó la atención; creía yo sería alguna hortaliza, y me dijeron que el jugo de ella mezclado con otras substancias les sirve para pintorrearse de encarnado en honor de su *Morimó*, á quien verdaderamente se parecen cuando se presentan así ataviados. Al entrar en el pueblo hay un portalón bastante bajo, donde se hallan mil y mil objetos supersticiosos, y así que entramos, muchos salvajes se adelantaron á saludar á mi compañero factor, mientras que otros le presentaban algunos regalos, y le preguntaban con extrañeza, qué era lo que les presentaba, pues no podían entender si

era yo un hombre ó mujer, ó algún ser del otro mundo; tanta era la admiración que les causaba mi traje talar y negro y mi sombrero de sacerdote, que no cesaban de mirarlo y palparlo. Todos miraban mis manos para ver si les daba algo: especialmente pedían *langea* (tabaco), pues en aquellos pueblos hombres y mujeres, chicos y grandes ostentan su pipa. Les di un poco y nos invitaron á recorrer su población. Las casas tienen la forma de una albarda, formadas todas de palos sin labrar y colocados verticalmente con el tejado de bambú. Dejan una puerta en uno de sus lados para que pueda pasar un hombre bien aga-



TÚNEZ.— El Sr. Hebrard en un camino del oasis de Gafsa. (Pág. 259)



chado: dichas casas no tienen ventanas, ni chimenea, y el humo, el aire y la luz pasan sin obstáculo por entre las rendijas de los palos. Entramos en una de estas chozas, y se nos ofreció un taburete de madera para sentarnos, formando coro á nuestro derredor un grupo de hombres, mujeres, niños y niñas sentados en el suelo, excepto el jefe de la tribu, que con toda solemnidad sentóse en otro taburete. Preguntamos si tenían algo, y nos ofrecieron una grande y ahumada calabaza llena de vino de palma: bebió primero el amo de casa y después el corro de gente que se había formado: todos aplicaban los labios y sin escrúpulo en el mismo punto; todos hablaban y convidaban, manifestando suma complacencia en poderme obsequiar, sobre todo al entender que tal vez llegaría ocasión en que estableceríamos entre ellos alguna de nuestras residencias.

«Recorrimos el pueblo, y en todas las casas á poca diferencia veíamos el mismo ajuar: media docena de calabazas, un par de arcos de madera para subir á las palmeras, alguna olla y unas cuantas cazuelas que ellos mismos se fabrican: alguna espingarda de piedra, un machete para cada hombre, y asunto concluido. Nada de sillas, ni bancos, ni camas. Allí no se ven cómodas, baúles ni escritorios, que de nada les servirían, pues no poseen ropas ni alhajas de ningún género. Los niños y las mujeres viven y comen en edificio aparte, y meten un ruido infernal, que se calma al momento de aparecer su señor, su marido y quizá mejor le llamaremos su tirano. ¡Pobres gentes! Delante de este *butucu* (así llaman á tales personajes) todo el mundo calla, y se le obedece con prontitud.

«Recorrido el pueblo, nos hicimos acompañar á una posesión sembrada de ñames. Es una cosa hermosísima: roturan casi por completo un trozo de bosque; trabajando en el desmonte las mujeres, los niños y algún criado para los trabajos más pesados: hacen al rededor del terreno señalado una espesa empalizada de caña; quitan ó queman los arbustos, yerba y árboles cortados, y escarbando un poquito la tierra, colocan el ñame, que es una especie de tubérculo en forma de patata, á la distancia de un pie á poca diferencia. Al poco tiempo sale este tallo en forma de enredadera, que se arrolla á unas seis ú ocho cañas colocadas al efecto. La finca ostentaba á la sazón un verdor admirable. Mas por supuesto que no ha de faltar aquí, como en sus chozas, objetos ofrecidos al Morimó; pues de no hacerlo así se expondrían á su maléfica influencia; y así tanto en sus fincas como en sus casas y personas abundan los objetos á él ofrecidos. Al pasar de regreso por el pueblo quise indagar la adoración que profesaban á aquellas cabezas de antílope, de cabrito y esqueletos de pájaro, y supe que ni se atrevían á tocarlos, asegurando que cualquiera que profanase tales restos había de experimentar infaliblemente las iras del Morimó.

«Salí del pueblo emocionado vivamente por tanta degradación é ignorancia en unas gentes redimidas con la Sangre de Jesucristo y destinadas al paraíso. Rogué al Señor se dignara enviar obreros á su viña, á fin de poder á la brevedad posible establecernos en aquellos pueblos que tan bien preparados estaban para recibir la luz del Evangelio: una súplica dirigí también al Corazón Sagrado de nuestra Madre, para que tocando el

corazón de los españoles se dignaran contribuir á la salvación de sus compatriotas de allende los mares.

«Despedido y agraciado con algunos regalillos el jefe de aquella tribu, que tenía doce ó quince mujeres y sin número de criados, se volvieron á sus pueblos, dejándome á mí en libertad para tratar con el factor de la civilización de aquellos desgraciados. Con el corazón partido de pena volvíme con mis compañeros á Santa Isabel, para explicar á mis queridos hermanos las impresiones de mi viaje. Los Padres que habían quedado en casa habían en el entre tanto hecho algunas expediciones por los bosques contiguos á la capital, encontrando en todas partes extrañezas análogas á las que yo había visto.

«En aquel entonces nos habían ya visitado algunas fiebres que nos dieron á conocer no eran del todo infundados los temores de los españoles á la insalubridad del clima africano. Mas, había allí almas que salvar, y se había de conseguir á costa de sacrificios. La vida ofrecía al Señor para extender allí el reinado de Jesucristo.»

## ALASKA (América Septentrional)

(Continuación) (1)

Viaje á San Miguel.— El vapor anual de San Francisco

LEGADO el tiempo en que debía ir á San Miguel, y dispuesta ya una canoa, emprendí el viaje acompañado de dos jovencitos que á toda costa quisieron acompañarme. Uno de ellos, llamado Andrés, no gozaba muy buena salud, así es que no quería yo que viniese conmigo; pero tanto lloró y tanto porfió con los de su familia para que le permitiesen partir, que su padre vino á pedirme como una gracia que lo admitiese, pues de otra suerte temía perder al hijo, ya que afectado por la negativa, hacía dos días no probaba alimento. Aceptéle, pues, por compañero, y ya no se separó de mi lado, siéndome desde entonces de no poca utilidad para aprender la lengua y para la fundación de la escuela de Holy Cross.

El P. Robaut había invernado en Anwik con el Hermano, continuando las obras apostólicas que empezara el año anterior; sólo que por Navidad enfermó gravemente, y casi nada pudo hacer hasta últimos de Febrero. Además, tantas fueron las dificultades que le suscitaban los dos ministros protestantes Parcker y Chapman, que allí viven, que el Padre creyó oportuno trasladar su residencia á la aldea de Kozyrevsky, sesenta millas más cerca del mar, donde bautizó á quince muchachos, impidiéndole mayores frutos las dificultades del idioma.

En Kozyrevsky me reuní con él, y durante diez días tratamos de lo más conveniente para la Misión, especialmente la cuestión de la lengua. Bien estudiado el asunto, comprendí que aquellos salvajes hablan un dialecto *nulato*, con muchas palabras mezcladas de lengua *malamute*; así que no fué difícil enseñar las oraciones y el Catecismo en nulato.

(1) V. núm. anterior, págs. 244-247.



Aprovechando luego la ocasión propicia, quise hacer una excursión más al Sur, hacia el mar y en la margen del Kuskauim, para conocer la región y los habitantes. El pope cismático esforzose cuanto pudo para impedir el viaje, y no lográndolo, hizo que sus llamados diáconos y bautizantes se me adelantaran, propalando calumnias contra el misionero católico, y previniendo á los habitantes de las poblaciones para que no le escuchasen ni se dejasen instruir y bautizar por él. Dicho se está con esto que todos huían de mí como el diablo de la cruz: así fué que en cuarenta y dos días de viaje y en sesenta aldeas que recorrí sólo pude administrar el Bautismo á dos muchachos, de cuatro y seis años, hijos de un salvaje enemigo de los rusos. Cuando le exhorté á que dejase bautizarlos, me contestó:

—Todos los niños que permití fueran bautizados han muerto desgraciadamente.

Entonces le alenté, explicándole el valor del Santo Bautismo, y como éste abre la vida eterna del paraíso, cuando tiene que dejarse la de la tierra. Sin embargo, sentíme inspirado á asegurarle que sus hijos no morirían por eso. La mujer oponía también dificultades; pero consintió al fin. Ahora bien; cuando algunos años más tarde volví á aquel país, mi salvaje vino á mi encuentro con sus dos hijos sanos y robustos.

—¿Cómo, le pregunté, no han muerto tus niños?

—¡Qué han de haber muerto! helos aquí guapos y rollizos gracias al Santo Bautismo.

Y el buen hombre hacía propaganda en mi favor, de suerte que el día siguiente más de veinte mujeres me presentaron sus hijos para que se los bautizase. Al presente, los popes rusos han perdido en aquella región todo prestigio, y ahora tenemos allí más de setecientos bautizados entre grandes y pequeños, siendo todos fervorosos cristianos, y visitándolos regularmente los Padres que habitan en Kozyrevsky.

Al volver á este último pueblo encontré en él al Padre Ragaru, y partí para San Miguel en compañía del P. Robaut, pues estábamos en Junio, y confiábamos que aquellos días llegaría el vapor de San Francisco de California.

Qué sea para nosotros esta llegada, difícilmente podrá comprenderlo quien no haya vivido por lo menos un año en Alaska. ¡Privaciones de todo género, sepultados en el hielo y en noche casi continua durante ocho meses del año; sin alimento conveniente; sin las comodidades de la vida, ni siquiera las más comunes de que no carecen en los países civilizados aun las familias indigentes! y más que todo amarga allí al misionero la separación de todo el mundo, de nuestros superiores eclesiásticos y religiosos, de los parientes y amigos, sin poder recibir cartas suyas ni mandarles las nuestras sino una vez al año. Y en el caso de que las cartas se pierdan, ó no lleguen á tiempo para alcanzar el vapor, es preciso resignarse á no saber nada durante otro año. Aquel único vapor, pues, nos trae noticias de la Iglesia y del Papa; de nuestra Compañía y familias: unas nos consuelan é infunden valor en nuestras arduas tareas apostólicas; otras vienen orladas de negro, y nos anuncian la pérdida de parientes ó amigos.

El mismo vapor nos trae las provisiones para un año entero: el vino para la Santa Misa y la harina para las

hostias, los sagrados óleos; el té y las medicinas para los enfermos; el petróleo para alumbrar nuestras casas y cabañas; el paño y las telas para nuestros hábitos y ropa blanca; las agujas y el hilo; los regalitos para los salvajes; el papel para escribir, y aún la tinta y otros adminículos de los cuales sólo se conoce su importancia para la vida cuando faltan del todo, y no hay medio de suplirlos de otra manera. Por consiguiente, una desgracia que ocurriese al vapor durante el viaje, ó la pérdida de las provisiones, ó la negligencia del encargado de suministrarlas, nos causaría graves perjuicios y duplicaría por un año entero nuestros sacrificios, hasta quitarnos el consuelo de celebrar la Santa Misa, y administrar los Sacramentos de Eucaristía y Extremaunción.

Y no hay esperanza de que este estado de cosas pueda cambiar con el progreso de la civilización, que la Misión va introduciendo entre los esquimales. Podrá suceder que en los meses de verano, cuando el mar está abierto, se haga algún otro viaje entre los Estados Unidos y Alaska, ó se abra alguna otra vía de la sección del Canadá; pero nunca podrá quitarse la inmensa barrera de hielo que por gran trecho dentro del mar y por ocho largos meses del año rodea el territorio de Alaska é impide absolutamente abordarlo.

Así, pues, cuando se acerca el tiempo propicio, acuden á San Miguel comerciantes de pieles, mineros y salvajes de las comarcas vecinas, para preparar sus envíos. Y como el vapor detiénese allí muy pocos días, la agitación en aquel puerto es indescriptible. Nosotros también tenemos que desplegar actividad febril para repasar las cartas y preparar con tiempo las respuestas, recibir las provisiones, y ultimar la lista de las necesarias para el año siguiente.

En el de 1888 llegó el *steamer* el 28 de Junio. Anclado en alta mar, destacó la lancha de aviso, por la que supimos desde luego que venía á bordo un Padre, un Hermano y tres Religiosas.

Si bien el Vicario general de Vancouver me había prometido las Religiosas, no era mi intento llamarlas hasta el año siguiente, preparando entre tanto lo preciso para recibir las y alojarlas. Así fueron no pocas las dificultades que me creó su imprevista llegada, si bien todas las allanó el espíritu de sacrificio de aquellas buenas Hermanas.

## EN LAS ORILLAS DEL RÍO SAN JOSÉ

RELACIÓN DE UNA VISITA Á LAS ESTACIONES DE LOS MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN EN NUEVA-GUINEA, POR EL RDO. P. FERNANDO HARTZER, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN.

### V

*De Bereina á Inawui.—Inawa.—Llegada á Inawui.—Corazón de madre.—La mujer fuerte de Inawui*

EL Ilmo. Verjus, muy práctico en el terreno, se puso al frente de la expedición, y los salvajes nos siguieron con el bagaje. Era medio día: el casco de áloe nos protegía contra los abrasadores rayos del sol: algunos árboles rompían á trechos la monotonía de



la pradera. Al cabo de una hora llegamos á un riachuelo asombrado por bambús, donde hicimos el primer alto. El segundo, después de penosa marcha, lo hicimos tres horas más tarde á la entrada de un bosque.

—Aquí, nos dijo el Ilmo. Verjus, estuve á punto de morir asesinado hace algunos meses. Al hechicero de Inawa se le antojó que tenía yo en el estómago una piedra que me hacía invulnerable, y resolvió matarme (la consecuencia no era muy lógica) para apoderarse de ella. Los habitantes de Bereina me previnieron, y se oponían á que partiese para Inawui. No conviniendo retroceder, partí con algunos salvajes. Pasada la pradera encontré, en efecto, al hechicero y su gente, que me aguardaban á la entrada del bosque. Confieso que al pronto experimenté alguna emoción. No obstante, encomendéme á Dios, y me dirigí hacia ellos. Viéndome sin armas, quedaron atónitos, y no se atrevieron á atacarme. Increpélos con firmeza, y el asunto, gracias á Dios, no tuvo desagradables consecuencias.

Después de media hora de descanso, entramos en un espeso bosque, donde el camino serpentea entre árboles grandiosos, soberbios, que se levantan majestuosos y rectos hasta una altura extraordinaria. Avescillas, insectos y mariposas de todos colores se persiguen sin ruido entre las ramas y descansan en las flores.

Sobre nuestras cabezas y en las copas de árboles, tan altos que apenas podíamos divisarlos, mil y mil aves dejaban oír los cantos más diferentes: una hacía resonar el bosque con una nota aguda y ruidosa como un toque de clarín. Otra, gorjeaba con modulaciones tan claras y puras como la voz argentina de un arroyo. Otra daba de vez en cuando dos golpes sonoros como martillazos sobre una tabla de encina; nosotros la llamamos el ave que hace mortajas. Una hay que solfea continuamente las notas musicales, parándose siempre en la séptima, sin acabar nunca la octava; no faltando el cuervo que ladra, el martín-pescador, y dos aves extrañas de las cuales la una empieza una melodía y su compañera la acaba.

Caminamos una hora por este bosque sin advertirlo, y de pronto nos hallamos en un espacio abierto, ancho y rodeado de plátanos. Era Inawa.

Inawa es un pueblecito de cerca trescientos habitantes. La primera vez que el Ilmo. Verjus vino á visitarlos, hace cinco años, los salvajes, sumamente contentos, le regalaron tres perros asados y preparados en una salsa de patatas dulces y taros.

Recientemente los de Inawa hicieron la guerra á otro pueblo, y el Gobierno quiso tratarlos con rigor. Una expedición enviada contra ellos los sorprendió, y tuvieron un hombre muerto y una mujer herida. Entonces los salvajes se ocultaron en los bosques y las altas hierbas, poniendo centinelas por todos lados. Al acercarse los blancos desaparecían, sin que nunca se les diese alcance. Unicamente el Ilmo. Verjus podía circular entre ellos, pues conocen muy bien quiénes son los que les aman realmente.

El venerable Prelado recibió el encargo de restablecer la paz. Aceptada su mediación por los salvajes, izó en la aldea el estandarte del Sagrado Corazón, y restablecióse el orden.

En prueba de amistad y para darnos la bienvenida

nos ofrecieron plátanos y cocos, que recibimos en la casa recientemente construída para escuela. Luego continuamos la marcha, con agua hasta la rodilla, á través de un bosque inundado.

Por fin llegamos á Inawui. Su párroco y de todo el distrito de Mekeo, el P. Vitale, vino á nuestro encuentro, acompañado del H. Salvador, que hace las veces de vicario, y de tres Hermanas de Nuestra Señora, naturales de Bretaña y de Bélgica, que les secundan en sus tareas apostólicas.

¡He ahí Inawui, del que hablábamos tantas veces! Su fundación era nuestro deseo; su porvenir nuestra esperanza. Mas ¡cuántas fatigas antes de haber alcanzado este objeto! Desde ahora, si Dios lo quiere, Santa María de Inawui será un centro de conquistas pacíficas para el interior, como Puerto-León lo es para la tribu de Roro.

*18 de Noviembre.*—Al despertar no oímos el concierto de los pájaros; se callan. Es porque llueve, y llueve á cántaros. Así es que la aurora se presenta oscura y poco alegre.

Nuestros hombres han debido hacer buena pesca esta noche en el río San José. Llegan en gran número cargados hasta los huesos, trayéndonos pescados. Los hay magníficos: anguilas grandes y pequeñas, truchas, etc.

—¡Aquí, Débora! grita el P. Vitale al fiel custodio de la casa que les enseña los dientes; ¡aquí, Débora! ¡respetá á los de Inawui!

Débora, nombre hermoso y bíblico, es enteramente del país. ¡Tenemos también Naimi y Taita en Pinpaka! El mejor cerdo de Mohu se llama Habacuca. Se podrían hacer estudios semíticos muy curiosos sobre nuestros salvajes de Nueva Guinea. Tienen de común con los judíos varios rasgos de semejanza: su tipo es judío, tienen nombres judíos, costumbres judías, y sobre todo instintos muy judíos en las ventas y compras. ¿Quién sabe si proceden de las diez tribus perdidas de Israel? Por lo que se ve los ingleses, que pretenden descender en línea recta de aquellas diez tribus, han perdido el pleito.

La estación de Inawui se compone de una iglesia aún no concluída, de treinta metros de largo por siete de ancho, y de dos escuelas: una para los muchachos, junto la residencia de los Padres, y otra para las jóvenes, cerca de la casa de las Hermanas.

Después de la Misa voy á dar una vuelta por el huerto del H. Salvador, ciertamente el más pintoresco que se pudiera ver en estas regiones. En él se hallan mezcladas las plantas más diferentes: el mijo da sombra á la lechuga, las coles se confunden con las piñas, y la vainilla se enreda entre las cebollas.

Inawui se parece por su disposición á todos los pueblos del valle del San José, pero cuenta más casas que la mayor parte de ellos.

Una larga calle arenosa, limpia y casi recta, de unos veinte metros de anchura, atraviesa el pueblo en toda su longitud. Algunas callejuelas adyacentes á la Misión dan á este barrio un aspecto más populoso y animado.

Encuéntrense algunas tumbas en las casas.

—¿Veis esta prominencia? díjome el P. Vitale, que me acompañaba. Pues esta tierra recientemente removida y cubierta con hojas de banano, recuerda una historia



conmovedora, que le dará á V. una idea de lo que son nuestros queridos muchachos de Inawui. Esta tumba encierra el cuerpo de un niño de cuatro á cinco años, al presente hermano de los Angeles, pues murió bautizado. Este niño tenía un amigo de la misma edad, de

licadeza que á veces se buscarían en vano en nuestras grandes ciudades.

Por la calle encontramos á la mujer de Inawa herida de un balazo por los soldados del Gobierno. Vino á ponerse bajo el cuidado de las Hermanas, y su herida está



TÚNEZ.—Cosecha de dátiles en El-Hamma, cerca de Gabes. (Pág. 283)

quien nunca se separaba. Jugaban juntos, y juntos venían á la Misión: jamás se les vió separados.

Murió el primero, y su madre inconsolable pasaba días enteros llorando junto á esta tumba, y cuando volvía á su casa, permanecía en la *verandah*, no apartando los ojos del montecillo funerario.

Algún tiempo después una de las Hermanas, pasando por el pueblo vió á la madre del niño sobreviviente, y la invitó á venir á la Misión. Aceptado el ofrecimiento, en vez de venir directamente, como lo hacía antes, tomó al niño, salió por la parte del bosque, y tardó algún tiempo en llegar.

—¿Por qué no has venido en seguida? le preguntó la Hermana.

—Madre, contestó, no he querido pasar por el pueblo, para evitar que mi vecina viese á mi hijo, que iba siempre con el suyo, lo que sin duda aumentaría su aflicción.

¿No es cierto, concluyó el Padre, que nuestros salvajes tienen sentimientos que los honran?

Indudablemente es así. Dios, que ha creado el corazón de las madres, en todas partes lo ha hecho propio para amar, y el de una pobre mujer salvaje de Nueva Guinea contiene tesoros de ternura maternal y de de-

casi enteramente cicatrizada. Acompañábala otra mujer de Inawui, á la que el P. Vitale llama la mujer fuerte á causa de la rigidez de sus principios.

Una tarde en que, según costumbre, hablaba con las vecinas en la galería de su casa, una hija suya, ya grandecita, salió para dar un paseo por el pueblo. Así que lo advirtió la mujer fuerte, gritó á su hija:

—¿Qué es eso? ¿á qué vas ahora al pueblo sola, sin tu madre? ¿no sabes que los ibitoes pudieran hacerte daño?

Y continuó dándole una fuerte reprimenda, advirtiéndola que las jóvenes deben guardar el mayor recato, y amenazándola con matarla por sí misma para enseñarla á vivir.

El P. Vitale, ignorando de qué se trataba, salió á toda prisa para poner paz. Una vez enterado de lo que ocurría, vino á buscar á la culpable, que ante el enojo maternal se había refugiado más muerta que viva en casa de las Hermanas. La mujer fuerte, satisfecha con su declaración de principios, se apaciguó, prometiendo no dar muerte á su hija y ni siquiera castigarla. Desde entonces la joven y sus compañeras no salen sin su madre. ¡Y á estas mujeres llaman salvajes ciertos civilizados!



Acercóse una mujer con un niño, y á su vista, las otras mujeres prorrumpieron en llanto.

—¡Ea! ¿qué tenéis? preguntó la Hermana.

—Lloramos por el niño que murió pocos días ha; venía tan á menudo á vuestra casa con nosotras!

A este niño le había picado una serpiente negra, y pocos días después sucumbió á consecuencia de sus heridas, á pesar del esmero con que le cuidaron las Hermanas. Antes de nuestra llegada morían todos los mordidos por las serpientes. Nosotros hemos salvado muchos simplemente con amoníaco.

Como este niño era hijo del jefe, y estaba destinado á serlo, todo el pueblo llevará luto algunos días. Los salvajes se pintarán la cara de negro, cesarán todo trabajo, y por la tarde cantarán con un tono monótono una especie de lamentación en elogio del difunto.

## NOTAS SOBRE CHANG-HAI

POR EL RDO. P. RAVARY, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

MISIONERO EN KIANG-NAN

### III

*El idolo Kue-sin*

**D**EJANDO para los aficionados las investigaciones más ó menos estériles sobre el origen y genealogía del Kue-sin, el dios de los literatos, me limitaré á tratar del hecho. El famoso Kue-sin existe en la imaginación de sus numerosos adoradores. La respuesta más sensata á las mil y mil preguntas que sobre él pudieran hacerse, encuéntrase en un libro que respecto á las supersticiones chinas escribió uno de nuestros sacerdotes indígenas.

«Kue-sin, dice el sabio autor, es una divinidad venerada por las poblaciones. Su origen, existencia y relaciones con el mundo terrestre son objeto de opiniones y comentarios muy diversos y oscuros. Conviénese en que es una estrella del firmamento, situada cerca de la polar, á la cual ciertos astrónomos antiguos atribuyeron saludable influencia. De ahí la opinión vulgar de que esta estrella, á la que llaman Kue-sin, es un genio bienhechor para quienes le honran é invocan; y de ahí también el culto que se tributa á este idolo.»

En defecto de datos más precisos y racionales, aceptemos la explicación que acaba de leerse, añadiendo sin embargo, que no queda dicha la última palabra sobre esta cuestión.

Reconócese que Kue-sin es una estrella. Su nombre lo indica. *Sin* significa estrella. El rostro de la divinidad es del color azul del firmamento, residencia ordinaria de Kue-sin. La estrella ejerce sobre la tierra, la madera, el agua, los metales y el fuego, los cinco famosos elementos de la filosofía china, la más benigna influencia. Invócase á Kue-sin, por lo tanto, como genio tutelar del hogar doméstico. Tal es el Kue-sin, objeto de la veneración popular. El idolillo levántase en la parte superior del Hiang-deu, y sienta triunfalmente su planta sobre la Puerta del dragón. Este monstruo fabuloso, símbolo del poder y de la grandeza, parece que le está sometido. En una mano tiene un lingote de

plata, poderoso cebo que atrae á gran número de devotos, y que aumenta singularmente la devoción que se le profesa.

El Kue-sin de los literatos es asimismo la divinidad de rostro azul celeste, pero de porte más majestuoso y marcial, y de insignias más significativas. En Nankín, capital de la provincia, en la época de los exámenes para la licenciatura, se enarbolan dos grandes estandartes en la puerta de entrada del vasto local donde se reúnen los bachilleres. Uno de ellos es rojo, y el otro negro. En medio se ve la imagen de Kue-sin, que aclaman como dios unos dieciocho mil candidatos.

Las cejas y cabellos de la divinidad son de color de fuego, emblema del genio y de la inspiración poética. En la mano derecha tiene el pincel, cuya sola vista inspira al candidato, y le hace trazar en las composiciones escritas los caracteres oportunos para obtener la palma. En la izquierda tiene á veces un lingote de plata, vil metal y emblema harto vulgar para algunos literatos entusiastas.

A fin de satisfacer todos los gustos, en vez del lingote tiene á veces un *ten*, medida de capacidad, conteniendo de seis á siete kilos de arroz. Esta insignia es más noble, pues es símbolo de la abundancia y fertilidad. La mano levantada parece querer mojar el pincel en el *ten* colocado sobre su cabeza, lleno de tallos y flores del *olea fragans* (*koce-hena*), canela, emblema de felicidad. La divinidad se complace en respirar los olores de estos suaves perfumes. Con un pie toca el *ngoïu*, el *alligator sinensis*, pez ó dragón fabuloso, que proporciona la felicidad. ¡La divinidad emprende el vuelo y vuélvese al firmamento! Tal es la curiosa leyenda que todo literato del Celeste Imperio os contará con una convicción que á veces deja que desear. (V. pág. 276).

## LA PEREGRINACIÓN EUCARÍSTICA Á JERUSALÉN

**L**EGÓ felizmente á la Ciudad Santa antes de la Ascensión, siendo recibida con la mayor cordialidad. Los peregrinos celebraron esta fiesta en el monte de los Olivos, adorando día y noche al Santísimo Sacramento.

El día 13 de Mayo á las tres de la tarde hizo su entrada solemne en la ciudad el Cardenal Legado, concurriendo el Consulado francés, y las delegaciones de los otros Consulados, todos de uniforme. Las Autoridades y el ejército turco con sus generales y toda la población escoltaban al Legado, á quien recibió el Patriarca en la puerta de la ciudad con cincuenta Obispos, todo el clero, Comunidades religiosas y peregrinos de varias naciones. Por todas partes se oían exclamaciones de ¡Viva León XIII! ¡Viva el Legado! Todos fueron al Santo Sepulcro en solemne procesión, y allí se cantó el *Tedéum*. La ovación fué inmensa.

El Rdo. P. Jerónimo de Sigean, vicario general de los Franciscanos, pronunció un hermoso discurso de bienvenida. Después de tributar justo homenaje á la benevolencia y á la alteza de miras del Sultán, que no solamente favorece, sino que protege decididamente



todas las manifestaciones de piedad de las distintas confesiones cristianas, añadió:

«Hay que hacer constar, para que todos lo sepan, y admirar con verdadero entusiasmo, la libertad de que gozan hoy en Jerusalén todas las manifestaciones de la vida religiosa. Aun la palabra libertad es insuficiente para expresar lo que aquí viene sucediendo; es más bien una especie de protección oficial para todas las ceremonias del culto externo. Que un grupo de cristianos se concierten, en París ó en Roma, para llevar en procesión una cruz, no ya de las dimensiones de las que se ostentan por las calles de Jerusalén, sino de proporciones modestísimas, por el Corso ó por la Avenida de la Opera, y para ir entonando cánticos sagrados detrás del signo de nuestra Redención, y veréis como infaliblemente sucede que los *guardias de la paz* en París, los *bersaglieri* en Roma, en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, atropellan al cortejo, arrebatan la cruz, como si fuera bandera de sedición, y dan con los manifestantes en la cárcel.

«Aquí la *Via Dolorosa* atraviesa el gran Bazar, cuyas operaciones, naturalmente, han de quedar interrumpidas durante el paso de las procesiones. A los mercaderes musulmanes no ha de hacerles seguramente mucha gracia; pero ya veis por todas partes á los agentes de la Autoridad bien armados con sables y flexibles varas de junco, dispuestos á hacer entrar en razón á cualquier mal intencionado que se atreviera á turbar el orden del religioso cortejo.»

El Congreso Eucarístico se celebró en la iglesia de Franciscanos del Salvador, y abrió sus sesiones el Obispo de Lieja, Mons. Doutreloux, con un discurso que trató de la piedad cristiana, la cuestión social y la significación religiosa de la Tierra Santa. El patriarca griego, Gregorio, leyó una Memoria acerca del Santísimo Sacramento en la antigua liturgia griega, y la Misa de los *presantificados*, que si en la Iglesia latina se celebra el Viernes Santo, en Oriente se observa durante muchos días de la Cuaresma; la fiesta del *Corpus* data en esta Iglesia desde el siglo XIV, dándose también cuenta de la traducción de las *Visitas* de San Alfonso Ligorio por el patriarca griego, Máximo. También se habló de la gran solemnidad de la procesión del *Corpus* en Zaariet, á donde concurren peregrinos de todas las regiones de la Siria.

El patriarca latino de Jerusalén, Mons. Piavi, recordó las glorias de la Santa Ciudad y los esfuerzos de León XIII por la unión de ambas Iglesias, y á continuación leyó una monografía sobre la liturgia de Santiago; Mons. Geraigiry, obispo griego de Paneas, otra sobre la misma liturgia, y las de San Basilio de Cesárea y San Juan Crisóstomo; Mons. Kandalafte, obispo de Trípoli, disertó acerca de la liturgia siriaca; el Dr. Atanasio Aben Said, de la liturgia copta; el presbítero Martín, párroco de Ausage (Drome, Francia), una docísima Memoria sobre la liturgia slava, muy aplaudida por los Prelados de esta raza asistentes al Congreso. Mons. Rahmani, arzobispo de Bagdad, trató de la liturgia siriaca y de la lengua sirocaldea, que era la que, en su concepto, hablaba el Salvador, como lo prueban

algunas frases del mismo Evangelio. El Rdo. P. Michel recordó varias Bulas y Constituciones pontificias acerca de los ritos orientales, especialmente de la titulada *Allate sunt*, del gran Papa Benedicto XIV y de las últimas de León XIII. El cardenal legado Lange-nieux pronunció un elocuente discurso de clausura.

Han asistido al Congreso, de la Iglesia maronita el Arzobispo de Acre, el de Berito, el de Trípoli, el de Baalbek, el de Chipre y el Superior general de los Monjes del Líbano; de la Iglesia armenia, el Obispo de Adana; de la caldea, el Arzobispo de Kerkuk; y las Iglesias abisinia y copta estaban representadas por dos sacerdotes.

Cada mañana se celebró, bajo la presidencia del Cardenal-Legado, Misa solemne en rito diferente, pontificando el último día dicho Cardenal en la iglesia del Patriarcado, rodeado de los Obispos con sus mitras, ornamentos é insignias.

Todas las noches, terminada la sesión de la tarde, se hacía una procesión espléndida del Santísimo Sacramento en las Comunidades de Jerusalén, con asistencia del Cardenal, gran número de Obispos y centenares de sacerdotes. Los peregrinos, los fieles y los establecimientos católicos con sus músicas realzaban la pompa de esas grandes manifestaciones de fe y de amor al Santísimo Sacramento, hechas al aire libre, á la vista de Jerusalén.

Hay que añadir á todo eso el *Via Crucis* solemne á través de las calles el viernes, con dos grandes cruces. Los Obispos, en número de doce, llevaron una al rededor del Santo Sepulcro.

El Congreso ha superado todas las esperanzas. Ha sido un acontecimiento verdaderamente extraordinario, que no dejará de tener consecuencias importantísimas para las relaciones religiosas del Occidente y del Oriente. Desde el punto de vista de la unión y del retorno posible de los cismáticos, es una semilla, una preparación preciosa. Se han contado hasta treinta sacerdotes de las Iglesias cismáticas entre los asistentes á las reuniones del Congreso.

Este envió al Papa el siguiente telegrama:

«A Su Santidad León XIII.—Vaticano.

«Los Patriarcas, Obispos y más de dos mil Presbíteros y fieles de Oriente y Occidente, reunidos bajo la presidencia del cardenal Langenieux, legado de la Santa Sede para las fiestas Eucarísticas de Jerusalén, ponen á los pies de Su Santidad el homenaje filial de su amor y veneración, é imploran la bendición del Pastor Supremo.

«El Presidente del Comité permanente de las Obras Eucarísticas.»

## FANATISMO JUDAICO

El P. Fr. Angel Ullibarri, M. O., escribe desde Damasco, al Padre Director del *Eco Franciscano*, el 30 de Marzo de 1893:

CONTINUANDO la materia del mes pasado, voy á darle algunos detalles más acerca de la muerte del niño Enrique, que así se llamaba aquel de quien le hablé en mi última correspondencia.



Una de las pasiones más tenaces y dominantes en los pérfidos hijos de Israel es sin duda alguna la venganza. Eso de olvidar las injurias y de perdonar de corazón al enemigo, lo conceptúan como el mayor de los absurdos. Ya se ve; fanáticos hasta lo sumo por sus antiguas tradiciones, no dudan un momento en posponer á ellas los mandamientos de Dios, como se lo echaba en cara Jesucristo, y creen todavía como un deber de conciencia la observancia de aquella máxima de sus mayores, refutada hace diecinueve siglos por la Sabiduría encarnada: «Ama á tu amigo y aborrece á tu enemigo.» Y débese tener presente que según el Talmud, no hay para los judíos más amigos que los de su propia religión; todos los demás somos sus enemigos irreconciliables. Tenemos, pues, que sólo por el título de no ser judíos somos ya aborrecidos de muerte por los que de él se precian; así, ¿qué acontecerá si reciben de nosotros ó pre-

sumen recibir alguna ofensa? En este caso juran la venganza, y este juramento lo irán transmitiendo de generación en generación hasta tanto que lo vean cumplido. Esta es la causa porque no pocas veces vengan en los hijos y los nietos las ofensas que recibieron ó presumieron haber recibido de los progenitores...

Así aconteció efectivamente en nuestro caso. Cuando la muerte del P. Tomás, ocurrida en 1840, el abuelo paterno de la inocente víctima se indispuso gravísimamente con los hebreos á causa del heroísmo con que trabajó por descubrirlos y porque se hiciese justicia. Desde aquel instante no cesaron de perseguirle, ocasionándole no pocos perjuicios en sus intereses, y no dándose aún por satisfechos se vengaron de él después de su muerte en uno de sus nietos. Veamos cómo.

Su cristiana esposa había puesto taller de costura para instruir á sus hijas y á las jóvenes pobres de las cercanías de su casa. Movida de conmiseración admitió entre ellas á una niña judía, la cual tomó tal amistad con sus hijas, que apenas se separaba de ellas un instante. Por esta circunstancia llegó á ser considerada como de familia. Ella mostraba grande afecto hacia sus bienhechores, y les correspondía en cuanto le era posible. Llegada á mayor edad, y poseyendo buena voz, dejó la costura y emprendió la profesión de cantatriz de teatro, que le proporcionaba mayor ganancia. No por eso se olvidó de los beneficios recibidos, pues visitaba con la mayor frecuencia á las que ella llamaba sus hermanas, y aun las ayudaba con mucho afecto en el cuidado de sus hijos.

El pequeño Enrique halló en ella una segunda madre, cuyos solícitos cuidados jamás le faltaban. Tan pronto como pudo andar se dirigía con frecuencia á su casa, y ella, si bien lo recibía con sumo agrado, no dejaba de preguntarle si venía con licencia de su madre. Con esto no intentaba otra cosa sino alejar de antemano toda sospecha sobre la inicua acción que premeditaba. Por otra parte, se procuraba habituar á la madre de la víctima á la idea de la muerte próxima de su amado hijo. En efecto: un mercader judío, pariente de Regina, que así se llamaba la hebrea, y que á causa de ella era admitido en la casa del niño, repetía con frecuencia que el pequeño Enrique no llegaría á la mayor edad.



KIANG-NAN (China).—El idolo Kue-sin de los literatos. (Pág. 274)





RELIGIOSO DEL MONTE SAN BERNARDO. (Pág. 288)



Llegó la Pascua del 90, y por la tarde el niño se dirigió á la casa de costumbre, es decir, á la de la judía, que ansiosa le esperaba. Estando ya todo dispuesto desde muy atrás, la pérfida judía, que tan perfectamente había desempeñado su papel hasta entonces, consumó en este día su obra criminal. Imitando á Judas, su digno ascendiente, entregó á la incauta criatura en manos de los rabinos para que la sacrificasen. Y no se contentó con esto, sino que ella misma quiso asistir al sacrificio y formaba también parte del grupo de aquellos que arrojaron al pozo su cadáver. Apenas creo que pueda subir más de punto la perfidia, mucho más si se tiene en cuenta la aflicción y desconsuelo que mostraba durante el tiempo que se tardó en descubrir todo el misterio.

Al fin, por medios que sería largo referir, vino á descifrarse todo el enigma, pero según le dije en mi anterior, todavía no se ha hecho justicia ni hay que esperarla ya. Y en esto nada acontece de nuevo, pues hasta en Europa se postran también las potencias ante el poderosísimo rey de los judíos... el oro. Así contestó á los interesados un individuo del Gobierno cuando exigían satisfacción:

—Allí también matan niños los judíos, y á pesar de ser cristianos los monarcas y Gobiernos, nada hacen; por consiguiente, no tienen por qué extrañarse tanto de que nosotros, que somos mahometanos, no hagamos más en este caso de lo que hacen los que pasan por ser de vuestras mismas creencias.

Con que no se admiren las naciones cristianas, de que no hayan sido atendidas sus reclamaciones así en éste como en otros casos semejantes.

A la desconsolada madre de la inocente víctima ni aun siquiera se le permitió la queja, y bastaron algunas palabras un poco vivas pronunciadas en el extremo de su dolor, para que se la amenazase terriblemente como á perturbadora del orden público. Cierta día llamó el Gobernador al serrallo al hermano mayor de la afligida señora, y con rostro airado le preguntó por ella, diciéndole si estaba en su sano juicio ó no. Sin esperar contestación añadió:

—En el primer caso, si continúa en hablar la desterraré irremisiblemente; y en el segundo, la meteré sin tardanza en un manicomio.

De esta manera tan bárbara le tapó la boca para siempre. ¡Qué se le ha de hacer! estaba firmemente resuelto á encubrir el crimen, y no perdonaba medio, por brutal que fuese, para conseguir su intento.

Los judíos mientras tanto no las tenían todas consigo, y se esforzaban en desviar de sí toda sospecha. Infinitos fueron los medios que inventaron con este fin, pero uno de los que más claramente indican su satánica malicia fué el siguiente. Amaestraron perfectamente á un niño de su raza, y éste después de aprendido muy bien el papel que debía desempeñar, penetró en la casa de la desolada madre, que precisamente estaba fuera. Apenas entró comenzó á darse cabezadas contra las paredes y de correr de un lado para otro, dando al mismo tiempo desaforados gritos. Las criadas, no cayendo en la cuenta del ardid lo creyeron loco, y quisieron impedir que se lastimase. No era necesaria esta precaución, pues aquel miserable se guardaba muy bien de darse malos golpes, y sólo procuraba hacerse un poquito de

sangre, para dar á entender que se le había hecho violencia. Como todo estaba dispuesto de antemano, entró inmediatamente su madre acompañada de varios agentes de policía, y precipitándose como una energúmena sobre su hijo, lo arrancó de allí como con espanto, cual si lo libraba de un inminente peligro. Entonces los judíos, advertidos por sus rabinos, esparcieron por todas partes la voz de que la familia de Abd el-Nur había querido secuestrar un niño israelita, y no se cansaban de repetir además que carecían de seguridad en su barrio, de suerte que obtuvieron del *Uali* trescientos soldados para su defensa... Después se dieron á escribir mil y mil embustes y calumnias en los periódicos europeos, sin que mereciesen crédito alguno. Al fin, á pesar de todas sus estratagemas y mentiras, y del oro que á manos llenas derramaron, se descubrió toda la plancha, y quedó palpablemente demostrado que los fanáticos judíos de esta ciudad se hicieron reos de un nuevo crimen. Y es que los judíos, aquí como en otras partes, son siempre los mismos, y el progreso de los siglos no ha inmutado en lo más mínimo las salvajes costumbres de esa raza deicida. Como dice muy bien un autor francés, toda la era cristiana está marcada con esta estigma. Desde el gran sacrificio del Calvario, los judíos, como impulsados por invisible mano, no han cesado de derramar por el mundo la sangre de los discípulos de Cristo; y á través de todos los siglos se oye este continuo grito de la boca de todos los pueblos: «Los fanáticos judíos matan los niños cristianos para hacer uso de su inocente sangre en horribles ceremonias y en execrables remedios.» Y nada tiene de particular que esto suceda, si se considera el ruín concepto que tienen de nosotros, debido á las doctrinas del Talmud. Voy á traducirle del árabe un párrafo, para que nadie crea que exagero.

Después de soltar una horrible blasfemia contra la perpetua virginidad de María Inmaculada y de definir *ex cathedra* que así Ella como su Hijo Jesús se hallan ardiendo en las llamas del infierno..., dice á continuación: «Las iglesias de los cristianos son como otros tantos lugares excusados...; la predicación que en ellas se hace como ladridos de perros, y es una obligación el matar á estos perros.» Dice también que «el pacto que los judíos hacen con los cristianos no obliga en manera alguna á los primeros, y que es un deber para todo judío el maldecir tres veces á los jefes de la Religión cristiana, no menos que á todos los reyes y gobernantes adversos á los hijos de Israel.» Otras muchas cosas pudiera decirle sobre las monstruosidades y aberraciones de este libro; pero si es cierto que para muestra basta un botón, también debe bastarle á S. R. el parrafito que acabo de transcribirle.

No se extrañe de que me haya detenido algún tanto en la descripción de la muerte del inocente niño Enrique, pues acaso no esté lejano el día en que podamos colocar sus restos mortales al lado de los de la otra víctima del fanatismo judaico, el venerable P. Tomás, que descansa desde hace muchos años en este nuestro convento. Por esta causa he procurado consignar en esta carta y en la anterior algunos de los datos que he podido reunir, con el fin de que no se pierda su memoria.



## DE ORIENTE

Honramos hoy nuestras columnas con la erudita carta de monseñor Mariano Soler, obispo de Montevideo, escrita al emprender su viaje de exploración á las apartadas regiones del Oriente.

Mons. Soler emprende ese viaje, lleno de fatigas, de sacrificios y de todo género de peligros, con el objeto de examinar personalmente las ruinas de aquellos antiguos pueblos, en las que los modernos estudios arqueológicos de la asiriología y egiptología han empezado á descubrir un cúmulo de preciosos datos, que son, á la vez, la más completa y acabada prueba de la verdad de los Sagrados Textos.

La importancia que desde el punto de vista científico, y muy especialmente para los intereses de nuestra Religión, tiene aquella clase de estudios, la demuestra de una manera brillante, y con gran abundancia de razones, la carta que hoy publicamos, y que formará las primeras páginas de la nueva é interesantísima obra con que Mons. Soler ilustrará á su patria, á la Religión y al mundo científico todo, dando cuenta de sus detenidas observaciones y sus concienzudos estudios.

*Razón de mi viaje á Mesopotamia por Mossul y Bagdad al través de los monumentos asirio-caldeos.—Importancia científico-bíblica de la Asiriología.*

Asia Menor—Alepo, Marzo 11 de 1893.

**D**ESPUÉS de haber hecho la peregrinación á Roma con ocasión del Jubileo Episcopal de Su Santidad León XIII por amor á la Religión y en homenaje de mi grande admiración al genio del sabio é inmortal Pontífice que rige los destinos de la Iglesia católica; he querido emprender una peregrinación á la Asiria por amor de la Religión y de la ciencia, sin dejar de rendir el tributo de mi amorosa veneración á Tierra Santa, atracción dulcísima de mi corazón y profundas simpatías.

Mas he querido aprovechar esta ocasión de un tercer viaje á los Santos Lugares, no sólo para adquirir el terreno, que en el *Hortus conclusus*, en los Jardines de Salomón, servirá para erigir, con gloria para las Repúblicas hermanas, Argentina y del Uruguay, el proyectado Santuario monumental á Nuestra Señora del Huerto, sino también para prolongar mi excursión hasta la antigua Mesopotamia, sede augusta de los famosos imperios de Nínive y Babilonia, porque las grandiosas ruinas asirio-caldeas estudiadas por la moderna asiriología constituyen un verdadero homenaje de la ciencia á la Religión y á la Sagrada Escritura; y así como amo á mi Dios sobre todas las cosas, en todas las cosas busco la gloria de su santa Religión; gloria á la cual han contribuido no poco los recientes estudios de los sabios sobre las antigüedades bíblico-orientales, las que con los modernos descubrimientos de la asiriología han recibido gran lustre é incremento.

Cuando en 1877 el célebre orientalista Mr. Vigouroux dió á luz su preciosa obra: *La Biblia y los modernos descubrimientos en Egipto y en Asiria*, trabajo monumental de controversia y exégesis científico-religiosa, arsenal erudito para la apología católica contra las atrevidas afirmaciones é hipótesis de la crítica racionalista, concebí como el más acariciado proyecto la determinación de visitar un día esas antigüedades bíblico-orientales con que la Providencia había querido rejuvenecer y enriquecer la exégesis apologética del Catolicismo, y contemplar con mis propios ojos

ese nuevo trofeo con que la ciencia engalanaba las perpetuas victorias de la Religión católica.

En efecto: en los fastos del siglo XIX, tan rico en invenciones de todo género, permanecerán singularmente célebres dos datas que señalan dos grandes descubrimientos del genio moderno.

En 1821 Champollión encontraba la interpretación de los jeroglíficos de Egipto monumental, y veinte años más tarde publicaba Botta sus primeros ensayos sobre las excavaciones de Khorsabad en Mesopotamia y la escritura cuneiforme de los monumentos asirios. Estos dos acontecimientos llevaban en sí el germen y la clave de dos hermosas ciencias etnológico-arqueológicas; la egiptología y la asiriología, que habían de convertirse en la más inesperada y sorprendente apología de las Escrituras Sagradas. Y en verdad que desde entonces la atención y curiosidad de los doctos y sabios fué poderosamente excitada y atraída al estudio de las antigüedades egipcias y asirias, y de las innumerables inscripciones hieráticas en las que aquellos dos pueblos antiquísimos dejaron esculpidas sus memorias y fastos y el secreto de sus conocimientos científico-literarios.

Fruto de tales estudios en el curso de algunos lustros por sabios orientalistas fué revelar al mundo moderno un nuevo mundo: mundo por su antigüedad venerando, como quiera que su edad remonta á más de 5,000 años, esto es, hasta los primeros tiempos postdiluvianos y á los primeros albores de la historia y de la civilización humana; mundo hasta ahora desconocido, en cuanto que desde más de veinte siglos sus monumentos yacían sepultados en las arenas del desierto, ó si en parte eran visibles, permanecían despreciados ó mudos á fuer de incomprensibles bajo el misterioso é impenetrable velo de los signos indescifrables con cuyo lenguaje hablaban.

Los griegos y romanos, que á ese mundo colosal y vetusto vieron descender á la tumba, nos dejaron apenas algunos recuerdos clásicos, que hasta pocos años hace nos han servido de base en las escuelas y textos para aprender la historia de los primeros Imperios de la antigüedad: de Egipto, de Asiria y de Caldea, de Tebas y de Menfis, de Nínive y Babilonia. Pero eran noticias truncadas, inciertas y mezcladas con groseras fábulas, por cuya razón más que historia semejaban mitología y leyendas.

Hoy día los modernos descubrimientos y los profundos estudios de egiptólogos y asiriólogos han disipado esas tinieblas y han reconstituido en gran parte la historia genuína de aquellos tiempos y de aquellos pueblos antiquísimos y remotos bajo la fe auténtica de los monumentos contemporáneos y sincrónicos. Y de tales investigaciones no ha sido único resultado y ventaja dar á luz los fastos verdaderos de Asiria y Egipto, haciéndonos contemplar el espectáculo grandioso de las evoluciones político-sociales de que fueron teatro en los siglos más remotos los hermosos valles y fértiles cuencas del Eufrates y del Nilo; sino que al mismo tiempo ha irradiado nueva luz sobre la historia del antiguo Oriente, cuna del género humano y de su repoblación en Sennaar; como quiera que, atentas las relaciones de aquella primera edad que egipcios y asirios, los más grandes dominadores, tuvieron merced á la extensión





JAPÓN.— Una consulta. (Pág. 286)

de sus conquistas y á la influencia de su civilización con las otras naciones limítrofes del Africa y del Asia Occidental, etíopes, libios, árabes, fenicios, palestinos, sirios, persas, medos, armenos y bactrianos; también de todos estos pueblos vese la historia en gran parte descrita en los monumentos egipcios y asirios, y narrada en el misterioso idioma de los jeroglíficos y cuneiformes.

Pero, bajo este aspecto es singularmente digna de notarse la ilustración que de aquellos monumentos resulta para la historia del pueblo hebreo, el más providencial y famoso entre los orientales por su misión religiosa en el mundo y por la singularidad de su existencia política. Las inscripciones asirias, así como los jeroglíficos egipcios, confirman maravillosamente la veracidad de la Biblia, las narraciones de Moisés y de los hagiógrafos siguientes, los vaticinios de los Profetas, las vicisitudes históricas del pueblo escogido, la sucesión y fastos de sus reyes; las costumbres, las leyes y tradiciones, de manera que suministran al Texto Sagrado un nuevo y luminoso comentario desde la creación del mundo y desde el diluvio hasta los tiempos de Ciro y Alejandro.

Y debe reputarse en verdad como un singular presente de la Providencia, oportunísimo á las necesidades de los tiempos modernos, el poderoso contingente que las revelaciones de la moderna egiptología y asiriología proporcionan á los exégetas católicos en defensa de la Biblia contra los ataques, más audaces hoy día que nunca, del Racionalismo y de la crítica incrédula. Am-

bas ciencias han sido para el criticismo racionalista una derrota inesperada y un mentís colosal y solemne. Así que el citado erudito Vigouroux dice muy bien: «El Señor ha resucitado á los egipcios y caldeos en momento oportunísimo; ha enriquecido la exégesis y apologética cristianas cabalmente en la hora en que el Racionalismo se esfuerza en inventar nuevas armas para desacreditar su obra divina... ¿Quién no se maravillará al ver que cuando la crítica racionalista pretendía considerar la Historia Santa como un conjunto de mitos y leyendas, la Providencia resucitase á los muertos de sus tumbas inmortales para dar testimonio de la veracidad de los escritores sagrados?

Todo el mundo se conmovió ante tan sorprendente acontecimiento, y he aquí porque siempre había anhelado visitar esas ruinas colosales y esas tumbas sagradas: por amor de la Religión y de la ciencia. De manera que mi excursión á Mesopotamia al través de ese reguero de monumentos asirio-caldeos, que tienen como jalones culminantes Mossul y Bagdad, Nínive y Babilonia, constituye un tributo sincero de mi amor indefinido á la Religión y á la ciencia, siempre grandes y siempre amigas como dos hermanas inmortales.

Es un hecho, por constante experiencia comprobado, que todos los descubrimientos y progresos de la ciencia humana, lejos de menoscabar la veracidad de los Libros Santos, ni la firmeza de los dogmas católicos, no han hecho más que confirmar mejor ambas cosas, añadiendo á la verdad de la revelación divina nuevo lustre y rendido homenaje.



En los comienzos sucedió que la nueva ciencia parecía contradecir á la revelación, por lo que los enemigos de ésta se apresuraron con insensatez suma á entonar victoria; pero no pasó mucho tiempo, y tuvieron que avergonzarse, desdecirse y reconocer su decisiva derrota; como quiera que al madurar la ciencia sus investigaciones, se desvanecieron aquellas aparentes contradicciones, y convirtiéronse en luminosa confirmación é inesperada apología. Ahora bien: este hecho se ha renovado de una manera espléndida en los dos grandes descubrimientos hechos en nuestro siglo por la egiptología y la asiriología.

Para dar de paso un solo ejemplo, ¿quién no recuerda el clamor inmenso que levantaron en Europa los incredúlos por el Zodíaco descubierto en Tentyra, después que el famoso impío Dupuis, interpretándolo á su manera, le dió una data de 14 á 15,000 años? Con ella pretendía demostrar la falsedad de la cronología bíblica, y haber finalmente «arrojado el ancla de la verdad en medio del Océano de los tiempos,» como decía con una arrogancia tan infatuada como sus pretensiones de incredulidad. Y durante veinte años la incredulidad sonó esa baladronada contra la Religión; pero cuando la verdadera ciencia vino á examinar esa pretendida ancla de la verdad, Champollión encontraba la llave de los jeroglíficos egipcios, y descifrando con ella el famoso Zodíaco, demostró que en vez de los siglos fabulosos que le atribuía la incredulidad, era obra del tiempo de Roma imperial.

Igualmente el origen mosaico del Pentateuco y la autenticidad de este libro fundamental de la Biblia, com-

batidas tan acremente por los modernos racionalistas de la exégesis alemana, han encontrado, al decir del ilustre Bickell, «en los dos grandes descubrimientos históricos de nuestra edad dos valientes defensores y campeones, como quiera que la egiptología haciéndonos conocer, aún en las menores particularidades, el antiguo estado del Egipto, nos obliga á creer que el autor del Pentateuco debió vivir, como Moisés, en el valle del Nilo, ya que sus narraciones tan bien corresponden á aquel estado de cosas, y de esta manera nos demuestra la autenticidad del libro. Y la asiriología, demostrando falsa la hipótesis que el libro derivase de fuentes originales diversas, prueba la unidad del mismo.»

De igual manera, á propósito del libro de Isaías, uno de sus modernos comentadores, Neteler, observa: «La edad en que escribió el profeta Isaías, considerábase hace poco por una generación de exégetas como edad mítica; pero la epigrafía asiria la ha hecho entrar enteramente en el período de los tiempos históricos. Después de los primeros descubrimientos de los antiguos documentos orientales, parecía existir contradicciones insolubles entre las narraciones asirias y bíblicas; pero el hecho probó todo lo contrario... Estos asirios que parecían haber resucitado para dar á Jerusalén un nuevo asalto y arruinar el canon del Antiguo Testamento, dan, al contrario, solemne testimonio en favor de los acontecimientos que alguien se negaba á creer bajo la fe de los escritores sagrados. Los datos bíblicos y los asirios se confirman mutuamente.»

Los nuevos conocimientos, por tanto, con que se ha enriquecido en nuestro siglo la historia, la arqueología



JAPÓN.— El médico-farmacéutico. (Pág. 286)



y la ciencia con el descubrimiento de los antiguos monumentos orientales y con la interpretación de las hasta ahora incomprensibles inscripciones de que estaban cubiertos, han llegado ya á declararse fieles auxiliares de la ciencia bíblica y de la teología católica, á la cual, como á reina, todas las ciencias rinden homenaje. Por cuya razón las dos nuevas ciencias, la egiptología y la asiriología, deben ser saludadas con gratitud y amor por todo católico ilustrado. Para él, en efecto, estas ciencias tienen un doble atractivo: uno común á todas las personas cultas, por la novedad é importancia de las revelaciones históricas en ellas contenidas sobre los célebres Imperios de la más remota antigüedad; el otro singularmente propio de los hijos de la Iglesia católica, por el relevante servicio que directamente prestan á la apología de la Religión en el terreno de la controversia y crítica contemporáneas.

Y cabalmente á este doble título he cobrado grandes simpatías por los modernos estudios orientalistas, de cuya fama está lleno el mundo científico desde varios lustros, y singularmente por los preciosos resultados que con seguridad auténtica se han conseguido para ilustración de la historia y civilización antiguas, y para confirmación espléndida de la veracidad y autenticidad de los libros fundamentales de la Sagrada Biblia, que ha conseguido bajo este aspecto el triunfo más sonado y hermoso contra la crítica racionalista y la exégesis heterodoxa. En mis dos viajes anteriores á Oriente había satisfecho ya mis simpatías por esos nuevos estudios arqueológicos con relación á Egipto, cuyos grandes y admirables monumentos tuve ocasión de contemplar, habiendo escrito mis impresiones en las *Memorias de un viaje por ambos mundos*.

Pero como la asiriología tiene más estrecha conexión con la historia bíblica, sus monumentos son para mí más importantes y dignos de ser conocidos; por cuya razón celebraré siempre como dicha muy grande que la Providencia me haya proporcionado la ocasión de poder realizar la excursión que voy á emprender para contemplar los célebres monumentos asirio-caldeos, que hacen sagrado para la Religión y la ciencia el suelo de la inmortal Sennaar, la Mesopotamia de los griegos, la Al-Gezireh de los árabes. Y séame permitido declarar que todas las personas iniciadas en los estudios de la asiriología á quienes he comunicado mi pensamiento, han confesado envidiarme la suerte de realizar esta peregrinación, lo cual me ha confirmado en mi propósito y en dar gracias á Dios por haberme proporcionado la ocasión. Yo prometo, en cambio, consagrarle un monumento escrito para comunicar á mis compatriotas el resultado de mi exploración, de la cual servirá de introducción el presente artículo.

Siguiendo, pues, las huellas de los grandes exploradores Botta, Ker-Porter, Layard, Rassam, Oppert, Menant y otros más modernos, voy á visitar las ruínas y monumentos escalonados en las márgenes del Eufrates y del Tigris, ó á muy poca distancia; las ruínas y monumentos de Koyundük y Nabyunus (Ninive); de Khorsabad y Nimrod (Kalah); de Kalah-Sherghat (El Assur); de Abu-Sharein (Eridu); de Warka (Erech); de Mugheir (Ur); de Sinkereh (Larsam); de Niffer (Nipur); de Sufeira (Sippara); de Akarkuf (Dur-Kurigalzu); así

como las de Cutha, Borsippa, Babil, El-Kasr, Bab-Ilu (Babilonia) y demás que se encuentran al paso de desde Gezireh y Mossul hasta el Shat-El-Arab, á inmediaciones del Golfo Pérsico.

La excursión será trabajosa y molesta, dada la manera de viajar en caravana árabe; pero la cosa vale la pena, y me lo hará deleitoso el amor á la Religión y á la ciencia.

¡A cuántas miles de leguas me encuentro distante de la patria al internarme en el desierto, desde donde ninguna noticia podré dar ni recibir! ¡Cómo se agiganta, sin embargo, por esta misma privación el amor á la patria!...

¿Cuánto durará esta excursión? Me dicen que un par de meses, á lo menos. Lo veremos. Mientras tanto, me despido ya por todo el tiempo que dure esta peregrinación á las ruínas más augustas que existen sobre la tierra.

† MARIANO, Obispo de Montevideo.

## DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL RDO. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

### XIV

*Los cultivos del oasis.—La palmera.—Su utilidad.—Vino de lagmi ó palmera.—El Djerid*

**R**IEGAN el oasis algunas fuentes de aguas termales, ligeramente aciduladas, sulfurosas y magnésicas, que fueron muy apreciadas de los romanos. Estas fuentes, colocadas por Dios precisamente en la abrasada región de los Chotts, templan la monotonía del terreno, haciendo aparecer en medio del desierto la prodigiosa vegetación de los oasis: la distancia de una á otra no excede de una jornada de camello.

Los árboles frutales de Europa adquieren aquí grandes proporciones. El albaricoquero, por ejemplo, alcanza doce metros de elevación, por tres de circunferencia. El peral, la higuera, el almendro, el limonero, el naranjo, el cerezo, el granado, el membrillo, el manzano, el plátano, el algodónero y el melocotonero crecen asimismo más corpulentos que en Europa. El olivo, plantado generalmente en los linderos del oasis, alcanza cuatro y cinco metros de circunferencia y da frutos de superior calidad. La vid crece con vigor incomparable, enlazándose las cepas con las palmeras, de las que cuelgan racimos que no pesan menos de cinco kilogramos, y que tienen á veces ochenta centímetros de longitud.

Todos estos árboles, defendidos de un sol harto ardiente por las palmeras, componen la vegetación intermedia, y mezclados y espesos ofrecen un aspecto el más singular.

La palmera deja muy atrás á sus congéneres de la costa de España y de Bordighera. Crece mucho y con rapidez, y su elevado tronco se mece graciosamente al menor soplo de la brisa. La copa pasa del verde oscuro al rojo vivo por el verde claro, el amarillo, el granate y el naranja. Cuando excede de veinticinco metros de altura lo arrancan, pues entonces es sumamente difícil su fecundación y cosecha.



La palmera vive por término medio cien años, y no es sólo el árbol más hermoso, sino también el más útil. Todas sus partes sirven para diferentes usos. El tronco se emplea en la construcción de puentecitos para los canales de riego, y suministra los materiales de puertas y ventanas. La Administración de los bosques lo utiliza en las obras de defensa contra la invasión de las arenas, etc., etc.

La palma se transforma en mango para escoba, y se reduce á un tejido de filamentos tenues y delicados, llamado *lifa*, con el cual se trenzan cuerdas, y se emplea también como filtro, etc.

Cuando la palmera es harto elevada ó no produce frutos comestibles, córtanle su penacho de hojas y le hacen una incisión, por la que se destila un líquido llamado vino de lagmi, vino de palmera. Fresco y dulce, parece leche ú horchata, que al cabo de veinticuatro horas entra en fermentación, y adquiere un gusto ligeramente ácido muy agradable. Como el Corán nada dice sobre su uso, no es raro ver indígenas achispados por ese breva. Después de un largo camino calma los ardores de la sed, calienta el estómago, y devuelve el vigor á los músculos, como me consta por experiencia. La palmera así decapitada produce diariamente, de Marzo á Septiembre, siete ú ocho litros de lagmi, y si es vigorosa, la cantidad de la savia llega hasta veinticinco litros.

Respecto al fruto, el hombre come la pulpa, rica en azúcar, y los huesos, secados al sol, contienen en poco volumen una reserva muy nutritiva de celulosa, que el camello masca con gusto bajo la poderosa presión de sus molares. Los dátiles de Gafsa, mejores que los de la costa, no pueden competir con los del Djerid, Tozeur, Nefta y El-Udiana.

Según los registros del impuesto de Kanum, la cifra de las palmeras es actualmente, en Túnez, de un millón trescientos ocho mil; pero en realidad asciende á dos millones: la producción total es de unos veinticinco mil quintales de dátiles de primera calidad, y de un millón de quintales de dátiles ordinarios, lo que representa un valor de diez millones de pesetas en el país de producción.

La operación de fecundar las palmeras se encarga á muchachos y niñas de diez á quince años, que suben sin trabajo por el tronco, poniendo sus piesecitos entre las espinas de las palmas. Durante la ascensión tienen entre los dientes el racimo cargado de polen. Casi siempre el árabe acompaña su trabajo con un canto en honor del *doggar*.

Cuéntanse más de cien especies de palmeras, y sus diferencias no son en el oasis una de las menores sorpresas de la vista. Los indígenas les dan nombres muy variados: ojos de serpiente, cuernos de gacela, dientes de desposada, narices de mujer, tripas de asno, huevos de paloma, etc.

Los dátiles maduran de Septiembre á Enero, y su cosecha presenta cuadros animados y pintorescos. Un joven corta con precaución el racimo, lo coge por el pedúnculo, y suavemente, para evitar la caída de los frutos, lo pasa á otro árabe, encaramado al tronco, y éste á otro sucesivamente, hasta que el racimo queda depositado en el suelo. Entonces empieza la elección de los

dátiles. (V. pág. 273). Los que están intactos se reservan para la exportación, y los restantes se venden ó consumen en el Djerib.

Casi todos los habitantes del oasis padecen oftalmias, y su aspecto es en general raquítico. En verano, cuando el termómetro se eleva á 50 grados, las fiebres palúdicas causan muchas víctimas. Verdad es, por otra parte, que á pesar de la abundancia de aguas los gafsianos no parece tengan un gusto muy pronunciado por la limpieza. Ciertos barrios de la población son infectos. Los niños y aun los adultos se revuelcan en el lodo y el polvo.

Desde la ciudad de Gafsa el país cambia completamente de naturaleza y de aspecto. Entrase en el Sahara y el Djerid. Este último nombre en su acepción general designa toda la región de las palmeras, y se aplica especialmente, para el territorio tunecino, al istmo arenoso que separa el Chott-el-Djerid del Chott-el-Gharsa. Chott significa lago salado y seco. Chott-el-Djerid es, pues, el lago salado del país de los dátiles, y designa la inmensa cuenca que se extiende desde Kris, Tozeur y Nefta, en una anchura de cien kilómetros, hasta los pantanos de Kebilli y de Duz, en una longitud de doscientos kilómetros de Oeste á Este.

Caracteriza el Djerid una colina uniforme, cuyas cuestas empiezan en las últimas alturas de las ramificaciones del Djebel-Cherb. Es un esqueleto de marga arenosa muy dura, cubierto de una capa de veinte metros de arena tan fina que parece líquida, á causa de su extrema movilidad al menor airecillo.

Los tres oasis del El-Udiana, Tozeur y Nefta hallanse en la vertiente meridional, y el de El-Hamma, más al Norte. Vistos de lejos, parecen manchas de verde oscuro, limitadas por un terreno blanco amarillo, de la misma naturaleza que la duna sahárica.

Los oasis son, pues, verdaderas islas en el océano de arenas. Hoy, como en tiempo de los romanos, Gafsa es la última estación de la parte habitable del continente tunecino. De ella parten las mercancías y convoyes destinados á El-Hamma, El-Udiana, Tozeur, Nefta, Kelilli, Tamerzed y las estaciones saháricas.

Todo viaje más allá de Gafsa reviste las condiciones de una expedición al desierto. Entrase en un nuevo género de vida. Todo lo que rodea presenta un aspecto distinto de lo que se conoce. El calor, las llanuras de arena, la esterilidad, la falta de agua, la ausencia de abrigo, incesantes espejismos que muestran bosques imaginarios y lagos encantados, siempre próximos y que nunca se alcanzan; la superficie luciente y engañosa de los Chotts, á los que el polvo salino da la apariencia de campos de nieve y que son en realidad inmensos pantanos, prontos á tragar al viajero sin que quede el menor vestigio de su paso; colinas que relucen á los rayos del sol, y horizontes negros que no permiten distinguir donde comienza el cielo y donde acaba la tierra, todas estas condiciones atmosféricas, geográficas y geológicas exigen del viajero cierta fuerza de resistencia, mucha prudencia y una voluntad enérgica.

Los nómadas, envueltos en un albornoz, cubierta la cabeza y velado el rostro, con su larga carabina terciada



á la espalda y un odre lleno de agua colgado de la silla, viajan por aquellas regiones en camellos de paso grave, ó en caballos pequeños, siempre ardientes y de movimientos rápidos. Los soldados franceses establecen estaciones intermedias junto á un pozo, y acampan en tiendas.

En rigor, pudiera circular una carreta por esas llanuras sin límites; pero los bosquecillos de alfa, los tallos de lavanda, la maleza, los cauces, las guaridas de serpientes y otras alimañas, y la extremada pequeñez de la arena hace su paso tan difícil y trabajoso, que vale más renunciar á ella.

Así resolvemos alquilar algunos caballos, lo que nos da no poco qué hacer, á causa de las triquiñuelas de los indígenas. Como si esto fuese poco, á lo mejor oscurecese el cielo, volviéndose casi negro. No vemos nube alguna, y sin embargo palidece el disco del sol, tiñéndose de un color sanguinolento. El horizonte se pone sombrío, formándose en torno nuestro un círculo amenazador de enemigos invisibles. Indecible angustia oprime nuestros pechos, y un ruido sordo, lejano, indefinible, agita el espacio. El aire está tranquilo, y la naturaleza parece muerta de estupor. De pronto una ráfaga levanta con rapidez nubes de polvo, que giran en vertiginoso torbellino, abrasándonos la garganta.

—¡Es el siroco! dice el guía, y es preciso comer en seguida, porque después no será posible.

Tratamos de desayunarnos al pie de un poste telegráfico; pero falta el apetito.

Para colmo de desdicha una acémila emprende una carrera y se escapa, sin que podamos darle alcance.

El Sr. Dumont, que echa de menos los coches de plaza y los vagones de los trenes rápidos de Europa, durante este viaje se abandona más de una vez á amargas reflexiones sobre la tenacidad de los tunecinos, que no saben apreciar nuestras comodidades.

## ESPAÑA Y SU POLÍTICA CON LOS INDIOS

De la *Revista Católica* de Las Vegas (Nuevo Méjico), son los conceptos siguientes, que leerán con gusto nuestros lectores:

**A**YER era el *Hermano Powel*, quien se desgañitaba contra las enormes atrocidades sufridas por los indios mejicanos bajo el gobierno de la papista España. Hoy es el capitán Pratt que, lanza en ristre, acomete á esa Iglesia que por más de doscientos cincuenta años no enseñó á leer al comanche y al navajó.

El por qué de ese furor en las actuales circunstancias no necesita explicación. Si es reemplazado el Sr. Harrisón, se va con él el fanático Morgán, cuya comisión entre los indios fue una espléndida cukaña para los seguidores de la Reforma. ¡Cuántas escuelas de indios les regaló este señor... allí donde ninguna falta hacían

las escuelas! ¡allí donde algunas Religiosas, encarnación del heroísmo cristiano, tenían fundadas las suyas desde hacía años! ¡allí donde un puñado de Jesuitas había trocado al nómada y revoltoso Corazón-de-lesna en industrioso cultivador y pacífico ciudadano!

Asustados, pues, por el temor de que se dé al traste con la Religión del Estado fundada por el benemérito *Hermano Morgán*; los parásitos del Cristianismo se afanan por sacar á lucir cuantas falsedades ha fraguado una historia liviana ó sin conciencia contra España y la Iglesia católica en la América española.

Dichosa fué, pues, la casualidad que nos llevó á leer en la revista *Scribner's Magazine*,

del mes de Septiembre, un artículo sobre indios, debido á la pluma del Sr. Carlos F. Lummis, el mismo autor que, en una carta publicada poco antes, azotaba de lo lindo á Morgán por la oprobiosa, inhumana y despótica conducta con que ese *civilizador* de indios educa á los hijos, atropellando los más inviolables derechos de los padres.



UN PAISAJE DE AUSTRALIA. (Pág. 288)



El artículo del Sr. Lummis es una honrosa excepción del fárrago de escritos modernos, en que no se ve más que juicios erróneos, asertos arbitrarios é insufribles exageraciones. Al contrario, el autor empieza por fastigar como lo merece á la turba de escritorillos con pretensiones de historiadores, que en América y fuera de ella han escrito la historia de nuestros indios *à priori*, esto es, á tenor de sus preocupaciones y de sus pasiones; sin haber visto jamás á otros indios que los monigotes de las tabaquerías de Bostón ó Nueva York; sin haber consultado más documentos que los apuntes de viaje tomados desde la ventanilla de un *Pullman car*, por una señorita que acaba de recibir el grado de bachillera en una de esas fábricas de grandes genios llamadas Escuelas Públicas. Esa azotaina recrea el ánimo fatigado por la superficialidad de la mayor parte de los articulistas del día, y le prepara para algo más sólido, mejor estudiado, más fundado en la verdad. El lector no queda defraudado, como se verá por los párrafos que á continuación extractamos:

«Para hacer justicia á la historia y para mejor comprender el estado presente, bueno es reiterar aquí que los españoles nunca esclavizaron los pueblos ni los hicieron trabajar en las minas; en Nuevo Méjico ni las hallaron ni buscaron; nunca forzaron á los indios para abandonar su antigua religión y abrazar la nueva. La política de España para con los indios fué la más ancha, humana y eficaz de cuantas se han ideado nunca. En todas estas tres cualidades se dejó en zaga la política de todas las demás naciones europeas.»

Esta es una idea general del primitivo Gobierno español y católico en las Américas. Oigamos algo más en particular de aquella soñada *barbarie* por la cual las poblaciones indias quedaran diezmadas:

«La población sedentaria del Sudoeste nunca fué numerosa. El historiador de gabinete la hace subir á doscientos mil y más; pero ahora está positivamente averiguado que nunca excedió los treinta mil en los tiempos históricos. Ciertamente que en Nuevo Méjico solamente hay ruínas de centenares de pueblos; pero se ha pasado por alto el hecho de que éstos no fueron ocupados todos á la vez, sino sucesivamente. Así que un vecino se volvía demasiado zalamero, ó reinaba tenaz sequía, ó se desarrollaba una epidemia, ó caía un rayo en la estufa, cualquier acontecimiento desgraciado declaraba la voluntad de los dioses, el aborígen trasladaba plaza y campo á otro lugar, dejando tras sí los huesos de sus antepasados para burla de futuros teóricos. Nuevo Méjico cuenta ahora con unos nueve mil habitantes, y con unos nueve mil contaba entonces. Esto se aviene con una verdad histórica digna de ser notada, aunque raramente lo sea. Donde quiera que por más de un siglo han puesto los pies nuestros antepasados, allí está casi extinto el aborígen americano. En la América española, área mucho más grande, después de tres siglos y medio, los aborígenes son tan numerosos como al tiempo de la conquista, y en condiciones mucho mejores. Cuando sea más conocido este hecho incontrovertible, no oiremos hablar tanto de las *atrocidades españolas* en el Nuevo Mundo.»

Sóplense esa los farsantes de la Reforma. Además: «España le dió al indio y á la América en general, el

caballo, la vaca, la oveja, la cabra, el burro, el gato, el perro... El indio de los pueblos, recibió y adoptó prontamente trigo y frutas, que han llegado á ser parte integrante de su economía. Con la uva que recibió por los años de 1630, hizo en 1891 la friolera de mil barriles de vino en el solo pueblo de Isleta, además de la fruta que vendió por miles de pesos.»

El indio del pueblo es también comerciante. Antes de la conquista tenía establecido un comercio de sal (de sus varias y extensas salinas), pieles curtidas de cibolo y venado, turquesa, color mineral y mantas de algodón. Traficaba no solamente con sus amigos, sino con el pache, el comanche, el navajó y el yuta; con tribus que se extendían desde el Oriente de Kansas hasta el Norte de Méjico... Su instinto comercial no fué reprimido por la conquista, la que más bien le abrió un nuevo mercado y le dió mayor seguridad en los antiguos.

España fué también la que trocó al indio, de pueblo nómada que era, en pueblo de morada fija. «A cada una de sus comunidades se dió generosamente una localidad, y en ella había de quedarse. Asegurada así la permanencia, otra medida de gran beneficio para los indios fué la centralización, la cual, como de costumbre, se efectuó por la persuasión, no por la fuerza. Al tiempo de la conquista había setenta y seis pueblos. Uno de los primeros pasos de los misioneros fué inducir á los indios á concentrarse en sus plazas principales, para mayor seguridad contra sus vecinos salvajes. El efecto etnológico de ese doble cambio ha sido muy notable para el indio. Le dió mayor seguridad, y facilitó su conversión en masa al Cristianismo y su adelanto material...—La arqueología debe felicitarle de que el español fuese aquí el custodio de su hermano. Si en el siglo XVI el indio del pueblo hubiese trabado amistad con el sajón, nosotros deberíamos contentarnos ahora con exhumar y articular sus huesos.»

Podríamos terminar aquí, pero hay dos beneficios más, hechos al indio por la católica España; y hay que referirlos también con las palabras del Sr. Lummis:

«Más que cualquier otro de nuestros aborígenes, el indio goza de la vida de familia; pero también ésta le fué regalada por España. Al tiempo de la conquista había rígida separación de los sexos.—Los hombres y los jóvenes dormían, comían y vivían en la estufa; las mujeres y los niños eran relegados á los aposentillos de la parte superior de las casas. Los españoles mudaron todo eso, y hoy día el indio de pueblo vive en familia y goza de ella tanto como nosotros.»

En el gobierno de los indios es notable la elección anual de un capitán de la guerra y de un gobernador civil, «siendo ambas innovaciones españolas del año 1620.»

Y con esto baste: no para acallar la calumnia de los desvergonzados, ni para confundir la ignorancia de los fanáticos; ni los unos ni los otros admitirán jamás la verdad; los primeros por el odio innato que le tienen, los segundos por el embotamiento ó trastorno de su pobre cerebro. Discutir con los tales fue, es y será siempre inútil. Los espíritus imparciales tendrán lo suficiente con los párrafos traducidos del Sr. Lummis para convergerse de que, si hubo errores en los gobernantes españoles del Nuevo Mundo, su política con los indios fué por otra parte la más benéfica de cuantas hubo jamás.



## CRÓNICA

**España.**—En la página 265 damos el exactísimo retrato del Ilmo. Sr. D. Martín Grivé y Cuni, obispo que fué de la vasta diócesis de Perth (Australia). Este ilustre Prelado nació en Grannollers, y cursó Filosofía y Teología dogmática y moral en el Seminario de Barcelona. Se ordenó de presbítero en Diciembre de 1848, y luego, recibido el hábito benedictino, junto con otros jóvenes se embarcó para Nueva Holanda, llamada hoy Australia Occidental. La navegación, que duró tres meses, fué por todo extremo azarosa, y la nave, completamente destruída, se salvó del naufragio con los auxilios que recibió providencialmente de un buque inglés.

Grivé, como sus compañeros, se dedicó á la evangelización de los indígenas, y por sus méritos le nombró Pío IX en 1862 Administrador apostólico de Perth, cargo que honró levantando el primer templo en forma de iglesia en aquellos países. En 1870 fué preconizado Obispo *in partibus* de Tloa, siendo consagrado en Roma el 12 de Junio del propio año.

Nombrado definitivamente Obispo de Perth, cuya ciudad fué elevada á capital de diócesis, con ardiente celo continuó las funciones de su ministerio, respetado y querido no sólo de los católicos, sí que también de los protestantes, quienes admiraban su carácter y virtudes. En Octubre de 1882 cumplió la visita al sepulcro de los Santos Apóstoles, estando de regreso en su diócesis el 14 de Octubre de 1883 con objetos diferentes recogidos de la civilización europea, que trasladaba solícito nuestro compatriota, para hermanar los adelantos morales con los materiales en aquella apartada región.

En 9 de Abril de 1885, al dirigirse á la Catedral resbaló con tan mala suerte que recibió graves lesiones, que le tuvieron imposibilitado más de tres meses. En los primeros días de su convalecencia asistió, no obstante, al Concilio provincial de Sidney. De regreso á Perth, con muchas fatigas, lejos de restablecerse su quebrantada salud, fué agravándose hasta que el día 1.º de Noviembre de 1886 entregó su alma al Criador, á la edad de setenta y dos años.

—Un periódico de Méjico ha publicado los siguientes datos biográficos del Rdo. P. Xifré, general de la Congregación del Corazón Inmaculado de María, el cual, como saben nuestros lectores, á pesar de sus muchos años, y después de su expedición á América, ha ido á visitar las Misiones de Fernando Poo.

«Dicho Rmo. P. general, D. José Xifré, nació el 18 de Febrero de 1817 en la ciudad de Vich. Fué uno de los Padres cofundadores de la Congregación del Corazón Inmaculado de María, bajo las órdenes del fundador de la misma, el siervo de Dios, Excmo. señor D. Antonio María Claret y Clará, el año 1849.

«Ha sido general en tres períodos decenales consecutivos á causa de reelección en los Capítulos generales. Así, pues, cuenta hoy setenta y seis años de edad, cuarenta y cuatro de Religión y treinta y cinco de generalato, conservando providencialmente toda la robustez y energía de la juventud, la lucidez de su clara inteligencia y su firmeza de carácter, como sello característico de su persona. Su actividad portentosa y constante, avivada por el celo que lo distingue por la gloria de Dios, salvación de las almas y prosperidad de desarrollo de su Congregación, le ha hecho emprender grandes y colosales empresas, que han sido coronadas todas con el éxito más feliz, pues como obras de Dios, si bien han tenido que pasar por el crisol de amargas y duras pruebas, no ha tardado la bondad y clemencia de Dios en pronunciarse á su favor.

«Durante los tres períodos decenales que rige los destinos providenciales de la Congregación, se han fundado 23 casas en España, 1 en Roma, 1 en Francia, 8 en Africa, entre los negros de Guinea, 4 en Chile y 3 en Méjico, arrojando el último catálogo 1,418 individuos, distribuidos en las diversas Casas, Noviciados y Colegios sucursales. ¡Qué plantel tan escogido se está preparando para bien de la humanidad!

«Y si Dios se complace, como hasta ahora, en bendecir este pequeño verjel, haciendo que los vastísimos proyectos de dicho reverendísimo Padre General tengan completo desarrollo y cumplimiento, va á dar mucha gloria á Dios.

«Todos sabemos el objeto y fin de dicha Congregación, y por la gracia de Dios, lo llenan á satisfacción de los Prelados y de la Santa Sede los misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Ha sido enriquecida con gracias y privilegios, y aprobada por Su Santidad el Papa León XIII en su espíritu y trabajos. Basta decir que el mismo Emmo. Rampolla, secretario de Estado de Su Santidad, ejerce en su favor el cargo de Cardenal Protector, recibiendo de dicho General con alguna frecuencia cartas muy significativas de decidido cariño y protección.»

**Japón Meridional.**—El Ilmo. Cousin, de las Misiones Extranjeras, obispo de Nagasaki, nos ha transmitido algunas fotografías representando escenas características y pintorescas del Japón de otro tiempo. La influencia europea, que penetra en el Imperio del Mikado y le transforma rápidamente, en breve habrá hecho desaparecer completamente todo lo que constituía la originalidad del país y de los habitantes, usos y costumbres, trajes y Constituciones, y les impondrá el uniforme y monótono sello de la civilización moderna. En las páginas 280 y 281 publicamos dos escenas curiosas que presentan en el ejercicio de sus graves funciones el médico no autorizado ni aprobado del Imperio del Sol Levante. Este Esculapio primitivo pronto pertenecerá á la historia, y gran número de doctores provistos de todos los pergaminos oficiales practican ya el arte de la medicina en las principales ciudades del archipiélago japonés.

**Marruecos.**—Parece que las Misiones protestantes, según refieren de Tánger, no han dado hasta ahora á la secta luterana un verdadero creyente, á pesar de que los pastores llevaron las maletas bien provistas de *libras esterlinas*. Para conseguir prosélitos empezaron por sembrar en plazas y mercados su ponzoñoso cebo, consistente en Biblias traducidas al idioma del país, primorosamente impresas y lujosamente encuadernadas. Como esta propaganda no diese resultado, concibieron los lores la idea de disfrazarse de moros, obligando á sus *pastoras* á que vistiesen blanco y ancho jaique, abriendo ventorrillos en donde se ofrecía gratis café y chocolate.

El objeto era hablarles y catequizarles mientras sorbían y apuraban las tazas.

Tampoco este sistema hizo prosélitos. Ultimamente apelaron á un sistema curioso, al de echar monedas desde las ventanas á los morillos, bautizándolos cuando se acercaban á recogerlas.

De los así bautizados toman nota para sus estadísticas, que envían á la Sociedad Bíblica de Londres.

**Fernando Poo.**—El P. Eusebio Sacristán, misionero Hijo del Corazón de María, escribe desde Banapá el día 18 de Marzo de 1893:

«Día lleno podríamos llamar al 11 de este mes, cumpleaños del muy ilustre señor Gobernador general de esta Colonia. Aun no eran las siete de la mañana, y un armonioso repique de campanas anunciaba una próxima función religiosa, y la concurrencia de gente más adornada que en las fiestas ordinarias, parecía dar á entender que consideraban el acto de mucho valor y aprecio. A las siete y media entraba en nuestra iglesia el señor Gobernador, y tras él, vestida con ricos adornos, que contrastaban con su cuerpo moreno, seguía una mujer, y junto á los dos un joven de unos veinticinco años, con vestido blanco y caprichosamente cortado su cabello. Todos en la iglesia, empezóse una Misa rezada por el reverendísimo Padre Prefecto; el nuevo armonium traído en el último viaje dió mayor solemnidad al acto. Terminada la Misa empezáronse las ceremonias del bautismo de adultos, pues el joven Sorry, natural de Sierra Leona y capataz de krumanes en Banapá, después de muchas súplicas é importunaciones había conseguido la dicha de que le admitiesen en la iglesia por el santo Bautismo. Fueron padrinos el muy ilustre señor Gobernador y una señora de esta ciudad.

«Después del Bautismo administró el reverendísimo Padre Prefecto la Confirmación al mismo José Eulogio Sorry y á Jacinto



Nave, que se bautizó el año pasado en Banapá. El señor Gobernador, complaciendo en sus deseos á todos, fué también padrino en este Sacramento.

«El nuevo católico es un joven que profesaba, según creemos, el Mahometismo, y que al lado de sus compañeros parecía, como se dice aquí, no tener vicios. Ha trabajado tres años en Banapá, y jamás nos ha dado ningún disgusto, mostrando fidelidad é interés por las cosas que se le encomendaban.

«Por la tarde se hizo la bendición del puente *Campillo*. A las tres y media notábase un movimiento extraordinario camino de Lerena, ó como se llamó hasta hasta ahora, Basilee.

«Abría lo que podíamos llamar procesión la compañía de desembarco de la marina del puerto; tras ella iban en multitud compacta la mayor parte de las personas de Santa Isabel, y luego los colegios de esta ciudad y de Banapá con el traje uniforme de colegio. El señor Gobernador, acompañado del reverendísimo Padre Prefecto y del capitán del puerto, de los jefes y oficiales de marina y civiles, de otros empresarios y comerciantes de la ciudad, cerraba la procesión. Al salir del pueblo se nos juntó una porción de bubis con su *muchuku* al frente, acompañándonos con el monótono y pesado ruido de un instrumento músico que escasamente podría compararse á una bocina. Llegamos al puente después de mucho sudor y cansancio, á pesar de no distar sino tres kilómetros de la ciudad. Revestido el reverendísimo Padre Prefecto de capa pluvial, bendijo el puente, acompañándole el P. Juanola y el P. Sanz, y concluida la bendición dirigió la palabra á la multitud, haciendo grandes elogios del pueblo bubi «María Cristina», fundado por los misioneros del Inmaculado Corazón de María. Un niño bubi, llamado Antonio Borges, se dirigió entonces al señor Gobernador en nombre de sus paisanos con un breve discurso, pronunciado con tal gracia, que arrebató hacia sí los ojos y el corazón de todos. Las alabanzas que le dieron nos parecen un poco exageradas, porque aquí llama mucho la atención oír hablar correctamente el español; pero prueba que los discípulos de los misioneros son buenos españoles y de los más instruidos de estas tierras.

«Los elogios tributados á este discurso y á otro de Tomás Lekumgu en que felicitaba al señor Gobernador por la mañana, consuelan no poco, porque prueban que nuestros trabajos no son infructuosos. ¿Y á quién no consuela ver niños acostumbrados á no sufrir yugo ni obediencia y á no respetar á Dios ni á los hombres ni á su conciencia, cuya vida era la holgazanería y la molicie, su ejercicio una guerra de exterminio ó semejante á las bestias del bosque, trabajar ahora todo el día, acudir á sus devociones, aprender su oficio y letras, y mostrarse algunos en ocasiones tan buenos que se oigan expresiones de sus labios como las que he oído yo á cinco niños diferentes y varias veces: «No me envíe, Padre, por Dios, á mi tierra, que me condenaré?» Loado sea por todo el Señor, y gracias sean dadas á nuestros Hermanos y colegas de nuestra Congregación, que tanto nos ayudan con sus oraciones.»

**Estados Unidos de Venezuela.**—Por los periódicos recibidos de Caracas vemos que deseando atraer al seno de la civilización las numerosas tribus de indígenas que aun vagan en varias regiones de las zonas incultas del territorio nacional; considerada debidamente la eficaz acción que para tal fin pueden ejercer los misioneros católicos; y atendido que anteriormente esfuerzos hechos por el Gobierno de la República no han dado todavía el resultado apetecido, el Jefe del Poder Ejecutivo Nacional, con fecha 9 de Febrero de 1893 ha tenido á bien resolver:

1.º Se declaran los territorios Delta, Caura, Alto Orinoco, Amazonas y Goagira *Región de Misiones católicas*, para la reducción y civilización de los indígenas, encargando de dichas Misiones á los Religiosos Capuchinos españoles residentes en Caracas, á cuyo superior regular, Rdo. P. Francisco de Amorovieta, se le comisiona para que el número de los misioneros ascienda hasta cincuenta Padres, y para que ponga en práctica todas las diligencias necesarias al establecimiento de las Misiones, procediendo en todo de acuerdo con las instrucciones directas que le comunique el Ministro de Relaciones Interiores.

2.º Para la dirección de esas Misiones se propenderá desde luego á la erección de un vicariato apostólico en aquellas regiones, á efecto de lo cual se da autorización bastante al ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela y al Rdo. P. Francisco de Amorovieta, para que gestionen el nombramiento de Vicario apostólico ante la Santa Sede, á quien se dirigirá también el Ministro del Interior por medio de los referidos comisionados, poniendo por condición que el Vicario apostólico sea de la Orden de los Capuchinos españoles, y presentando para la primera elección consiguiente al Rdo. P. capuchino Serafín de Mendata.

3.º El Gobierno nacional pagará los gastos de traslación de los misioneros á los lugares de las Misiones, y fija un sueldo de seiscientos bolívares mensuales al Vicario apostólico, y otro de doscientos bolívares mensuales á cada uno de los misioneros, pudiendo estos sueldos reducirse posteriormente, á proporción que lo permitan las circunstancias, por nuevo acuerdo del Gobierno con el Vicario apostólico ó superior de los Religiosos.

4.º En la capital de la República podrán residir algunos de los Religiosos misioneros de los cincuenta de que habla esta Resolución, bajo un superior que servirá al Vicario apostólico de medio para sus relaciones indispensables con el Gobierno nacional y con sus superiores de Roma y España. Los Religiosos residentes en Caracas sólo tendrán por sueldo cien bolívares mensuales cada uno.

5.º El Gobierno nacional contribuirá á la construcción de las iglesias que sea necesario erigir para el servicio de las Misiones, y proporcionará las herramientas y útiles indispensables para que los misioneros enseñen artes y oficios á los indígenas.

6.º Fíjense como capitales de estas Misiones en la Guayana Venezolana las ciudades de Upata y Guasipati; y los límites del territorio que comprenda el vicario apostólico se determinarán por resoluciones posteriores.

**Chile.**—La preciosa Revista *El Misionero Franciscano*, de Chile, dice: «El Colegio del Santísimo Nombre de Jesús de Castro, que fué fundado por autoridad apostólica el año 1837, cuenta el día de hoy con 54 sacerdotes, 31 coristas y 9 Hermanos legos. Es decir, un total de 94 Religiosos consagrados con el corazón y el espíritu al bienestar social y á la conversión de los araucanos. Está fuera de duda y en la conciencia de cuantos nos observan, que el Colegio de Castro extiende y dilata sus conquistas espirituales con una rapidez extraordinaria; en ellas se muestra la protección visible de la Providencia de Dios.»

**América Meridional.**—Leemos en *El Bien*, periódico de Montevideo:

«Espléndida ha sido la manifestación de respeto y cariño que, muy merecidamente, le hicieron el domingo al ilustrado Obispo de Tripoli, sus alumnos y amigos.

«Ese día por primera vez, después de su regreso á Montevideo el 23 de Abril, iba á visitar el Colegio Pío de Villa Colón, sede, puede decirse, de sus triunfos, piedra angular del templo levantado por la Congregación Salesiana en América.

«De ese establecimiento han salido los hombres de virtud y ejemplar espíritu sacerdotal que luego han sido los fundadores y directores de las santas Casas que funcionan en el Ecuador, Chile, Brasil, la Argentina, y de allí también saldrán los que en breve irán á predicar el Evangelio en medio de las tribus paraguayas.

«A la cabeza de esos apostólicos trabajos ha figurado el ilustrísimo Lasagna, sacrificándolo todo en favor del pueblo, en favor, muy principalmente, de la niñez desvalida.

«Allí en Villa Colón concibió él sus proyectos, aun en medio de sus múltiples atenciones, y desde allí puso en movimiento las fuerzas que más tarde, animadas por efecto de su inquebrantable voluntad, levantaban en las Repúblicas hermanas los edificios que abrigan en su seno á ese Instituto, que se propaga con la rapidez y lozanía de la buena simiente, porque recibe el fecundante riego de las bendiciones de Don Bosco...

«El Ilmo. Luis Lasagna nació en 1850 en Montemagno, villa de Monferrato. En el año escolástico de 1862-63 y á la edad de doce años entraba al Oratorio Salesiano de Turín.

«De carácter vivísimo y de ejemplar aplicación al estudio, pronto



se captó las simpatías de Don Bosco, mereciendo de este santo varón las mayores atenciones.

«En 1872 fué laureado en letras en la regia Universidad, y ordenado sacerdote en 1874.

«Dos años después, en 1876, abraza la cruz del misionero, abandonando las cátedras científicas que regentaba, y lo vemos llegar á estas playas, donde á poco funda el Colegio Pío, establecimiento de educación que honra á la República, y luego con el celo del apóstol prosigue con otras y otras fundaciones que viven prósperas, haciendo gran bien al pueblo en distintos puntos de la República.

«En el Colegio Pío se ha formado gran parte de nuestra juventud, la que ha recibido con los brazos abiertos y entre las efusiones del cariño al P. Luis de ayer, al hoy Obispo de Trípoli.

«El Ilmo. Lasagna, incansable y celoso por la mayor gloria de Dios y por el progreso de su Instituto, ensanchó su esfera de acción y dirigióse al Brasil, donde mereciendo los más altos y merecidos honores de D. Pedro II, funda una casa en Nitheroy, que actualmente es el Instituto más importante que tiene la República brasileira.

«En la actualidad se preocupa de hacer extensiva su benéfica influencia á los esteros paraguayos, allí donde no se escucha la voz de la Religión desde que dejó de hacerla oír la benemérita Compañía de Jesús.

«El Ilmo. Lasagna ha sido un factor importante en el desarrollo intelectual en nuestra patria.

«De las Casas salesianas han salido ciudadanos que hoy figuran en el foro, en el cuerpo médico, en la prensa y en el alto comercio.

«Todos están de felicitaciones al ver que el padre, el maestro y el amigo ha sido elevado por sus virtudes y talentos á la dignidad episcopal, porque siempre complace ver debidamente estimado el mérito de los hombres y reconocidos de manera tan digna sus servicios.

«En esta virtud la preconización de Mons. Lasagna no fué para nadie una sorpresa.

«*El Bien*, cuyas columnas han sido honradas más de una vez con los eruditos escritos del Ilmo. Lasagna, le presenta el más respetuoso y cariñoso saludo, felicitando á la Congregación Salesiana por el fausto acontecimiento que celebra con motivo de tener en su seno al virtuoso é ilustrado Obispo de Trípoli.»

**Madagascar.**—Han sido condecorados por el Gobierno francés dos Padres Jesuitas de Madagascar, el P. Roblet y el P. Colins. Al primero se le deben excelentes trabajos geográficos y topográficos de la isla, y al segundo, llamado el P. Secchi francés, la fundación del observatorio de Tananarive.

Desde 1867, en que la Compañía de Jesús fundó las Misiones en Madagascar, donde sólo hallaron un católico, hay hoy 130,000; han construido una cátedra, 300 iglesias y 400 residencias con escuelas, donde reciben instrucción 18,000 niños de ambos sexos.

## VARIEDADES

### LOS MONJES Y EL MONASTERIO DE SAN BERNARDO

**E**STE Monasterio, erigido por San Bernardo de Mentón en la cumbre de los Alpes, soberbios montes que dividen Italia de Francia, Suíza y Alemania; data del siglo X, y es considerado como la vivienda más alta del mundo. El invierno es allí perpetuo, como la nieve que corona aquellos montes y blanquea sus vertientes. No se conocen allí árboles, ni arbustos, ni plantas de ningún género, por las colosales masas de nieve que se forman y se renuevan sin cesar. Allí no pueden vivir los monjes más de diez ó doce años, aunque sean jóvenes y disfruten de constitución robusta;

porque la rareza del aire daña los órganos respiratorios y consume las naturalezas más privilegiadas y fuertes. La comida de los Religiosos es modesta y pobre; sus ayunos, completos y formales; sus mortificaciones y penitencias, rigurosas y continuas; sus trabajos, penosísimos y heroicos.

Después de la Misa, oración y Oficio Divino, salen todos los días, acompañados de sus fieles perros, á recorrer los picos y faldas del monte, los barrancos y los precipicios, las escabrosidades y los accidentes todos del país, en busca de los viajeros asfixiados, perdidos ó sepultados en la nieve; los abrigan con mantas y pieles; los cargan en las espaldas de estos animales, ó los llevan en brazos al Monasterio para darles calor y vida con sus solicitudes y desvelos.

Como el terreno está formado de pura roca, no hay punto hábil para enterrar allí á los muertos; así los monjes envuelven á los difuntos en grandes lienzos y los dejan al aire, con cuyo sencillo sistema libranse de la putrefacción, sécanse los cadáveres, y conservan sus facciones y perfiles, en términos que muchos han sido reconocidos por sus familias algunos años después de su muerte.

Ya no debe extrañarse que los monjes de San Bernardo mueran todos jóvenes, por no poder resistir un clima tan crudo y dañino, y unas faenas tan rudas y peligrosas. Sin embargo, siempre hay postulantes que anhelan ingresar en aquel bendito Monasterio, dedicarse á misión tan civilizadora y dar su vida por la salud de sus prójimos. Conste así para honor del Catolicismo y vergüenza de sus detractores. Sepa el mundo que nuestra Religión es la madre que tales héroes engendra y produce; y que sólo seres animados del espíritu de Dios, como los monjes de San Bernardo, se deciden á vivir en la cumbre de los Alpes, á exponer su salud y á sacrificarse por sus hermanos.

### LA AUSTRALIA

Australia ó Nueva Holanda, en la Oceanía, es una inmensa isla situada al S. E. del Asia, en el mar Pacífico, con una superficie igual á la de las tres cuartas partes de Europa. Su interior es poco conocido, y en sus costas han establecido los ingleses colonias que prosperan de día en día y ciudades de primera importancia, como Melbourne, Sidney, Victoria y otras. En su vasta extensión ofrece terrenos y montañas de diversa naturaleza. Numerosos volcanes apagados ponen de manifiesto la influencia que los fuegos subterráneos han debido ejercer en la superficie de aquel continente. El reino vegetal reproduce todas las riquezas de la India y de la Indo-China, pero con mayor esplendor aún y acompañadas de otras riquezas desconocidas en Asia. Los habitantes, en número muy reducido, están divididos en tribus sin comunicación entre sí, de lo cual resulta el estado de profunda barbarie en que viven. En la parte occidental se halla establecida la Misión de Nueva Nursia, fundada por nuestros compatriotas los PP. Serra y Salvado, y que con tan felices resultados dirigen los Benedictinos españoles.